
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO
LOS HABITANTES del
ASTRO SINTETICO
EDUARDO TEXEIRA



DEPÓSITO LEGAL V.-529.-1958
PRINTED IN SPAIN
TIP. ARTÍSTICA - VALENCIA



CAPITULO PRIMERO

Marsella, observatorio. 2005

Aquella tarde Román Garcés, al ser relevado su tumo, salió del Observatorio más cansado que de costumbre, más deprimido.

Y no es que hubiera trabajado en exceso, pero el desasosiego de su espíritu le pesaba como una carga física sobre sus espaldas. Miró el cielo encendido por el crepúsculo, las tonalidades extrañas de las nubes y el verdinegro perfil de los árboles, vio corretear a unos niños por los jardines cercanos y no se pudo sustraer a una profunda congoja.

—¿Por qué habrá de llegarse a la destrucción de todo esto? —se preguntó de nuevo, y reconoció que la causa de su desánimo espiritual no era más que el convencimiento de su impotencia para detener la Gran Amenaza.

Dejó pasar sin avisarles varios automóviles del servicio interurbano del Observatorio y siguió a pie sumido en sus reflexiones. Él no era más que un humilde físico de la sección de espectrografía, adscrito a la sazón con cincuenta compañeros más, al servicio directo del doctor Yves de Lacombe. En verdad, podía considerarse que hallábase en primera línea para afrontar y hasta combatir el peligro. Pero Román Garcés sabía, y con él todos, que la

lucha sería inútil. ¿Cuántas veces, en la historia del mundo, habíase alzado la voz de los científicos, advirtiendo, llamando a la razón a los hombres? ¿Y cuántas los científicos mismos fueron, en su afán investigador, los mejores auxiliares de estos hombres irrazonables?

—Deja de cavilar, Román —dijo una voz muy conocida y agradable detrás de él, y vio venir, jadeante, a Pola Patti, la encargada de microfilms de su equipo.

La muchacha se le colgó del brazo y sonrió.

—Ayuda a una pobre mujer perseguida —rogó con cómica angustia—. El profesor Hadler viene ahí, muy interesado en acompañarme.

—Oh, perdóname; debí haberte esperado.

—No lo lamentes. Sé que los sabios suelen ser muy distraídos.

—Yo no soy un sabio, ni lo seré nunca.

—Lo serás, Román.

Pola se puso repentinamente seria y prosiguió, mientras andaban:

—Estás muy preocupado. Todos lo estamos, aunque se nos concedan muchas libertades para distraer el ánimo. Nunca han habido tantos espectáculos y tan al alcance de cualquiera y nunca la gente ha permanecido tan ajena a ellos. Nosotros, los que trabajamos para la ciencia y somos los más directos responsables de lo que ocurre o pueda ocurrir, precisamente, debemos tener más fe en un destino feliz de la Humanidad.

Román oprimió suavemente y con calor el brazo de Pola.

—Lo malo es no saber de dónde vendrá el fin. Si de nosotros mismos, o de ese maldito astro... —y alzó la vista y, a los oblicuos rayos del sol poniente, miró con odio el punto brillante que como una estrella móvil surcaba lentamente de oeste a este el cielo purpúreo del anochecer.

—Allí hay hombres. No es un mundo ciego— dijo ella.

—¡Es como los buitres, Pola! ¿No te das cuenta? Como los más despreciables pájaros de rapiña que se alimentan de cadáveres. Está ahí arriba, oteando, espiando el momento de atacar. Aguardando el momento oportuno, el instante en que la Tierra, deshecha por sus propias guerras no sea más que un riquísimo y facilísimo botín.

—No te exaltes, Román. Quizá eso no suceda.

—Yo no temo por el futuro inmediato, por nosotros, sino por nuestros hijos, por la generación próxima, por la otra...

Pola arrastró al joven a una sala de fiesta de las que ofrecían al paso sus espléndidas instalaciones. Todo era gratuito, por cuenta de la administración del Observatorio. Todo era permitido, excepto los excesos que pudieran entorpecer la misión de cada uno. El magnífico establecimiento, sin embargo, no estaba muy animado. Al mostrador semicircular sólo sentábanse, en cómodos taburetes, diez o doce personas. Tres parejas bailaban cansinas en la enorme pista, a los acordes de una maravillosa orquesta invisible. En el fondo, la pantalla de telestereovisión ofrecía números fastuosísimos de revista y sólo unas veinte personas, retrepadas ante sus mesitas de licores y aperitivos,

presenciaban el espectáculo.

En un extremo, Pola y Román ocuparon una mesa. Accionaron los oportunos botones y un carrito-robot les trajo los manjares de fiambre, refrescos y vinos solicitados.

—¿Cenamos aquí?

—¿Tú quieres?

—Bueno.

Un carraspeo leve les hizo volverse. De pie, con gesto cortés, les saludaba el profesor Hank Hadler, del departamento de Rayos Cósmicos.

—Buenas noches, profesor.

—Me temo que vengo a incomodarles, pero me gustaría que me permitieran cenar con ustedes.

—¡Qué remedio!... —contestó Román, sin disimular su fastidio.

Hadler sonrió y acomodóse junto a ellos. Era un hombre corpulento, y no obstante de movimientos firmes y suaves, felinos. En su pelo rubio, ya algo escaso, no se dejaban ver las incipientes canas. El rostro, afeitado, enjuto, no guardaba relación con el cuerpo robusto y las vellosas y grandes manos. Sus ojos celestes mantenían siempre una luz fría y desconcertante. Ahora, esta circunstancia hacíase más manifiesta.

Y Hadler, mientras esperaba su servicio, quedóse mirando entre humilde y burlón a la joven pareja del equipo del doctor Lacombe. Pola Patti era menuda, pero muy elegante, y su rostro y sus ojos negros enormes denotaban su ascendencia meridional. Era una de las más aventajadas auxiliares femeninas del Observatorio, y de tan vistoso porte personal, que en un principio ello le fue perjudicial para su incorporación a las disciplinadas y escogidas huestes de Yves Lacombe. Román Garcés, el físico español, mejor semejaba por su aspecto un poeta de la antigua época del romanticismo. Aunque de constitución atlética, era de natural pálido y melancólico. Únicamente parecían irradiar en él fuego y decisión sus ojos castaños, oscuros y profundos, y el mentón firme y pronunciado.

—Quiero hablarles a ustedes de algo muy reservado —comenzó diciendo el profesor—. Comprenderán que, de otro modo, no me hubiese atrevido a venir a turbar este hermoso idilio.

—No hay tal idilio.

—Es igual, eso importa poco —Hadler adelantó la cabeza y bajó la voz —. Les necesito a ustedes de modo... digamos, particular.

—¿A mí, o a ella? —inquirió Román, agresivo.

Hadler volvió a sonreír.

—No se deje llevar nunca de su fogosidad mediterránea, Garcés. La señorita Pola Patti me gusta, como me gustaría cualquier mujer bella. Pero no he venido a discutir esto —y la expresión del profesor se hizo grave—: lo que solicito es la colaboración profesional y personal de ustedes.

—Diríjase, para eso, al Director del Observatorio.

—No.

El profesor ocupóse en cortar en menudos pedazos su salchicha y, sin levantar la vista ni la voz, preguntó:

—¿Qué les parece a ustedes si, estando en una nave a punto de naufragar, se les invitara a ocupar otra, segura y con todas las posibilidades de rendir buen viaje?

—Nos parecería magnífico —replico Pola rápida, pero muy intrigada, como su compañero.

—Pues eso es lo que les propongo —prosiguió Hadler—. Preciso individuos de ambos sexos sanos de cuerpo y de espíritu, inteligentes y, además, en disposición inmediata de servir a una causa, única en la historia del mundo.

—Si no se explica mejor... —gruñó Román.

La mirada del profesor se hizo fría, penetrante.

—Los hombres del Prometeus poseen una organización en la Tierra. Yo soy uno de sus agentes.

Pola y Román quedáronse boquiabiertos, anonadados. El Prometeus era el astro amenazador, el astro sintético con órbita propia alrededor del Sol en el mismo plano de la Tierra, pero exterior a ésta y a sólo tres millones de kilómetros. Era Prometeus un nuevo planeta del sistema solar, el cuarto mundo en orden a su alejamiento del Sol. Marte había pasado a ocupar el quinto puesto desde veintitrés años antes, cuando en 1982 un grupo de científicos y aventureros lograron realizar la más fantástica hazaña del ingenio humano: crear y lanzar al espacio un mundo nuevo, un astro en cuyo nacimiento las fuerzas cósmicas fueron totalmente ajenas. La Humanidad terrestre se había hecho vieja rápidamente, decrepita a fuerza de vicios y de tecnologías, y Prometeus pretendía ser el germen rejuvenecedor, el conservador más idóneo de la civilización pura. Claro, que estas ideas unilaterales apenas contaban con seguidores en la Tierra, y quienes las adoptaban, habían de encubrirlas como algo en extremo pecaminoso e indigno. Todos los Estados, a una, sólo mantenían en común un objetivo; hacer abortar con la máxima severidad y energía cualquier muestra de solidaridad organizada hacia los habitantes del astro sintético. Era ésta una amenaza constante y cierta, por muchas circunstancias, aunque ello no hiciera olvidar a las naciones y razas terrestres sus seculares odios y diferencias. Tan inminente era un ataque devastador de Prometeus como un estallido bélico mundial en el que éste quedaba al margen, pero expectante y más amenazador que nunca, y bajo tal signo diabólico vivía aquella pobre Humanidad de la Era Cósmica. Prometeus era la mano justiciera de la Providencia, decían unos, la vengativa ira del demonio, otros; la Gran Amenaza, en fin.

—Yo soy uno de sus agentes —había confesado altivo Hank Hadler, el técnico principal de Rayos Cósmicos del Observatorio.

La obligación de Román era denunciarlo inmediatamente a las autoridades militares o policiales, contribuir a la destrucción de cualquier entendimiento colectivo con los enemigos del mundo. Pero de momento se

contuvo, tal era su asombro.

—Estoy seguro de poder contar con ustedes— sonrió el profesor.

El joven físico comenzó a reponerse de su sorpresa.

—¡Pues no debiera estar seguro, señor! —dijo iniciando un movimiento para levantarse.

Hadler le puso una mano en el antebrazo y lo mantuvo sentado.

—Escúcheme, yo no les puedo obligar a actuar en contra de sus voluntades o de sus convencionalismos, entre otras razones, porque no es nuestra norma disponer de personas descontentas. Pero hemos de tener todas las seguridades en un caso de denegación. No nos podemos exponer a ser denunciados.

—¿Pide usted que le guardemos el secreto, profesor? —dijo Pola.

—Sería bastante, pero tampoco podemos confiar en eso.

—No veo que le quede otra solución —repuso Román.

Tornó a sonreír el profesor, esta vez aviesamente.

—Hemos de tenerlo todo previsto. Ahora mismo, en sus habitaciones particulares, hay suficientes pruebas, falsas, naturalmente, que les desenmascararían como veteranos y peligrosos agentes del Prometeus. Además, al menor intento de denuncia, por un procedimiento que ahora no es del caso exponer, les sería aplicada una «*limpieza de cerebro*» en pocos segundos, sólo parcial, para impedirles recordar en absoluto lo sucedido en la última media hora.

Los dos jóvenes no dudaron de las palabras del profesor. Allí no cabían fanfarronadas. Sabían que Hadler y sus misteriosos compinches obraban así, pues no en vano eran avezados burladores de las mejores organizaciones policiales del mundo. Y halláronse prendidos, de súbito y por un enigmático azar, en las mallas invisibles de la más tenebrosa conjura del siglo XXI.

Levantóse Hadler y se inclinó cortésmente, al tiempo que decía:

—Créanme que lo lamento. Mi misión aquí ha terminado, pues ya quedan bajo otra vigilancia —e indicó de modo apenas perceptible a los ocupantes de las dos mesas inmediatas—. Estaré quince minutos en la barra, esperando de ustedes una decisión favorable.

Y se retiró. Pola y Román fijáronse entonces en las mesas vecinas. En una había tres hombres desconocidos, tres obreros, al parecer, de los servicios de higiene. En otra dos mujeres, disfrazadas quizá, una de las cuales jugueteaba con una pequeña cámara cinematográfica de extraño sistema cuyo mecanismo se esforzaba en mostrar a su acompañante.

—¿Qué podemos hacer? —inquirió, angustiada, Pola.

Román tenía apretadas las mandíbulas y fulgurantes los ojos. Examinaba con rapidez los pros y los contras de la embarazosa situación. No tenía escapatoria. Hadler no era hombre que hiciera mal las cosas, y si habíase aventurado a aquello, seguro que contaba con todos los triunfos. Una «*limpieza de cerebro*», en el mejor de los casos, le imposibilitaba a uno, más todavía a un científico por su labor especial, por mucho tiempo. Si pudiera

huir...

—No te muevas tú —dijo entre dientes a Pola, ya decidido—. No te levantes y así no podrá ocurrirte nada. Yo voy a salir.

—¡Oh, Román...! —gimió ella, asustada.

—Los dos no podemos burlarlos. Yo sólo, quizá. No te muevas.

Se puso de pie Román y con paso firme y tranquilo dirigióse hacia donde estaba el profesor. Las mujeres de la cámara cinematográfica, con fingida indiferencia, como de modo casual, le siguieron a cuatro pasos de distancia. Pola no respiraba, apenas. Le adivinaba a Román todos los músculos en tensión.

El joven cruzaba la amplia sala y al llegar frente a la salida, que estaba como a una docena de metros, giró rapidísimo y se lanzó en ángulo recto a su marcha, en dos saltos espectaculares, ganando la calle. Todo sucedió en un instante. La mujer de la cámara le enfocó al saltar al tiempo que accionaba un oculto disparador, y, en seguida, muchos de los presentes acudieron a indagar por qué aquel hombre saltarín hubo de obrar de modo tan insólito.

—¡Seguidle, ayudadle! ¡Pobre hombre! —clamó plañidera, una voz.

Pola hallóse sin saber cómo entre Hadler y las dos mujeres. Román había desaparecido, pero en la avenida sonaron algunas voces. Después, el zumbido de aviso de un vigilante del orden.

—Lo han cogido —anunció un hombre que entraba.

—Debe ser un loco —fue el comentario, en voz alta, de la mujer de la cámara a su compañera.

Hadler cogió amigablemente del brazo a Pola Patti.

—Lo siento, él lo ha querido así —le susurró al oído—. Supongo que usted será más sensata, ¿verdad ?

La auxiliar de microfilms del Observatorio no dijo nada ni hizo un solo movimiento. Estaba demasiado aterrorizada para pensar...

CAPITULO II

El prisionero de Fort Académie


n la costa oriental de Madagascar, a unos veinte kilómetros tierra adentro y sólo a unos cuatrocientos al sur de Tananarive, estaba la nu-
eva y ya tristemente célebre penitenciaría de Fort Académie. Desde que una ley internacional dejó abolida la pena de muerte, los Estados viéronse obligados a crear gran número de presidios y campos de concentración vigilados en casi todos los territorios coloniales o de soberanía, pues las metrópolis difícilmente se bastaban para contener a la población libre.

Fort Académie era un penal especialmente dedicado a acoger —nada amorosamente— a los hombres de ciencia o de letras declarados por cualquier causa reos de delitos graves. El nombre de Fort Académie con que la penitenciaría fuera bautizada era de una cruel ironía, porque los condenados allí ya no eran sabios, filósofos ni escritores, sino hombres enloquecidos rebajados en su mayoría a la condición de bestias. Hasta del nombre eran despojados, destruyendo así toda notoriedad pasada. Sólo en París, en la Dirección Central de penales de ultramar, existía una ficha secreta con la filiación completa del que en Fort Académie no era más que una simple referencia numérica. Ello sólo era un ejemplo bastante expeditivo de hasta dónde llegaba la anulación de la personalidad en los desdichados huéspedes del presidio de Madagascar.

Y allí fue donde una mañana calurosa, bajo un sol agobiante cuyos rayos penetraban por entre gruesos barrotes, hallóse Román Garcés, desnudo de cintura arriba y descalzo, con un sucio pantalón de franela gris y una ajustada pulsera de acero en su muñeca izquierda por todo atuendo. La pulsera tenía grabada una fecha (X-X-2005) y una cifra (FA/R. 9.377), nada de lo cual ayudaba a Román a reconstruir su odisea desde el momento en que saltara a la avenida desde una sala de fiesta de la zona del Observatorio, allá en Marsella. Recordaba con claridad la inaceptable proposición del profesor Hadler, los detalles de la causa que rápidamente se le instruyó como agente saboteador al servicio del Prometeus, la carencia total de pruebas a su favor y, finalmente, la dura sentencia dictada por el juez: sesenta años de trabajos forzados en reclusión total. ¿Qué embotamiento infernal había pesado sobre su cerebro para que, como un pobre imbécil, se dejara acusar y condenar sin esgrimir en su defensa una sola razón? Los médicos diagnosticaron una enajenación súbita o algo así, y a tal suceso agradecieron las autoridades la ocasión de inutilizarlo antes de que llevara a efecto cierta peligrosísima y para él

desconocida misión. Sus amigos le repudiaron y nadie, que él supiera, levantó un dedo en su ayuda.

Todavía no estaba en sus cabales, pensaba, pero por momentos iba recobrando su portentosa memoria y su acostumbrada nitidez de pensamientos e ideas. Pero ya era demasiado tarde. Un recluso de Fort Académie era un muerto para el mundo. El ya no era para nadie más que para sí mismo Román Garcés. Para los carceleros y autoridades del penal, R. 9.377. Para el resto del mundo, alguien que dejó de existir.

¡Y la Gran Amenaza allá arriba, silenciosa, brillante, siniestra, cual un buitre monstruoso y fantástico!

Pasaron días de abatimiento e inconsciencia hasta ser incorporado al sistema establecido. A la hora del trabajo, una sección de presos era alineada en la gran explanada de la prisión. Cien hombres de todas las razas y edades, agotados moral y físicamente, de mirada huidiza y aire absorto, ausente, vestidos con un sucio pantalón y unas botas negras de plástico y con sendas pulseras de acero. Allí vio Román que el mismo número de la pulsera lo tenía cada uno tatuado en la espalda en azul, en grandes caracteres, y se explicó el escozor que él sentía y que atribuyó a alguna rozadura durante el viaje desde Marsella en un sucio cohete de transporte.

—¡En marcha! —ordenaban los altavoces.

Los reclusos caminaban, siempre vigilados por soldados armados, hasta un campo donde por los procedimientos más rudimentarios habían de trabajar en el desmonte de unas grandes y pedregosas colinas. La jornada era bastante dura. Después, el baño, la comida individual, la celda... y a esperar el siguiente día. Apenas había comunicación entre los presos. Sólo durante el trabajo, algunos cruzaban unas palabras intrascendentes si contaban con la exigua benevolencia o distracción de los soldados vigilantes. En verdad, aquella vida debía atrofiar en seguida el carácter a los ya idiotizados neófitos que ingresaban tras un encarcelamiento en la metrópoli.

Román se horrorizó y, sin poderlo evitar, un día, el quinto de su estancia allí, en las colinas, enarboló un pico y buscó, desafiante, al más próximo de los soldados.

—No seas imbécil —le masculló un preso que trabajaba junto a él, haciéndole abandonar de un codazo, antes de que fuera avistado, su actitud resuelta.

—¡Por Dios, no puedo aguantar más! —exclamó desesperado Román.

—Sí, podrás. Eres nuevo, ¿no?

—Hace pocos días estaba en Francia, libre...

El otro sonrió con amargura, sin cesar en su quehacer.

—No dejes de excavar —aconsejó.

Román, reprimiendo un sollozo de rabia, le obedeció. Ya era bastante, al cabo del tiempo transcurrido, escuchar unas palabras amables.

—¿Quién es usted? ¿Lleva mucho tiempo aquí?

—Soy... el número 6.047. Nueve o diez años, me parece.

El joven sintió un escalofrío.

—Ten calma, muchacho.

Un silbato resonó a corta distancia. Era una llamada de atención. El recluso veterano alejóse unos pasos y prosiguió su labor sin levantar la cabeza. Román le imitó, pero unos soldados le ordenaron abandonar el trabajo y seguirles.

El «número R. 9.377», después de eso, estuvo diez días sin salir de una estrecha celda sin luz ni ventilación. Al cabo de ellos, empalidecido y depauperado, fue de nuevo incorporado a las brigadas de trabajos forzados. Entre sus compañeros no pudo hallar al efímero amigo. Nunca supo qué fue de él. El suceso, de todas formas, le sirvió para abrir los ojos y andar despacio. En todos aquellos días no pudo hacer sino pensar y le pareció haber llegado a conclusiones ciertas. Todos los anteriores efectos que pesaran sobre sus percepciones habían desaparecido y encontrábase con la mente despierta y ágil. Descubrió que por doquier había líneas guardadas por células fotoeléctricas, micrófonos disimulados para sorprender conversaciones posibles, pequeñas instalaciones de radar y otros detectores que, a más de los guardianes y de los campos minados, ponían un cerco invulnerable en torno de cada desdichado de los que allí vegetaban. La huida era de todo punto imposible. ¿Podía, allí, denunciar a Hank Hadler, el afamado hombre de ciencia? Imposible también. ¿.Quién iba ahora a prestar atención a lo que dijera un penado de Fort Académie? ¿Por ventura cada uno no tenía una historia extraña que contar que, de ser cierta, como sin duda sería en muchos casos, trocaría la marcha del mundo?

Román hizo grandes esfuerzos para no dejarse vencer por la desesperación. Sus conocimientos científicos y humanos le ayudaron mucho en esta batalla silenciosa consigo mismo. Los hombres podían aislarlo de sus semejantes, como a un animal rabioso; separarlo del mundo. Pero no de la vida y de los elementos universales, de lo que tenía a su contacto: los metales, las piedras, la madera, el aire, la luz. Átomos, con su maravilloso mundo interior y su energía latente. Y una fe inmensa le fue fortaleciendo el ánimo, contento, en cierto modo, porque disponía de mucho tiempo para pensar.

Y puso manos a la obra.

Su especialidad era la espectrografía, la descomposición y los secretos de la luz. Todavía en el siglo XXI la luz era una manifestación de la Naturaleza misteriosa e indescifrada, pero si alguien en la Tierra andaba a la zaga de los más importantes descubrimientos físicos en esta materia, ese alguien era el doctor Yves de Lacombe. Y el principal colaborador de Yves de Lacombe en tales investigaciones era Román Garcés, el joven físico español que ahora, por azares imprevistos, habíase convertido en el penado «número R. 9.377» de la infernal penitenciaría de Madagascar. ¡Si pudiera viajar en un rayo de luz!

Mas nada sería ahora tan inútil como las elucubraciones fantásticas, y centró su atención en las radiaciones infrarrojas de la luz, en los rayos que por su mayor longitud de onda dejan de ser visibles o luminosos para

caracterizarse por su acción térmica. Y de antiguo es sabido la estrecha relación existente entre ondas térmicas, luminosas y eléctricas.

Si Román hubiese dispuesto de los elementos auxiliares necesarios, le hubiera sido bastante fácil provocar en segundos la destrucción de Fort Académie. Pero no contaba en su celda más que con la luz del sol, y aunque él sabía que aquella podía ser su más poderosa arma, considerábase incapacitado para usarla a voluntad.

Con la mayor paciencia, dedicóse a buscar y ocultar trocitos de metales, piedras y minerales con partículas de cuarzo, cristales. Un día tuvo bastante suerte. Hallóse cerca de un vertedero de chatarra y pudo esconderse en los pantalones restos de instalaciones radioeléctricas. En sucesivas excursiones durante los trabajos, se hizo de unos trozos de baterías, de válvulas, tubos, lentes y otros materiales inservibles para cualquiera que no fuera un físico investigador en posesión de todas sus facultades. Y en Fort Académie las facultades intelectuales de los reclusos era cosa que no existía. Román Garcés mismo, había de fingir continuamente ante sus guardianes y compañeros el embotamiento común, único modo de encubrir sus proyectos.

Así pasaron cuatro largos meses.

Si el director de la penitenciaría, una tarde oscura en que densos y oscuros nubarrones invadían amenazadores el cielo, hubiera sabido que un preso, el «número R. 9.377», oteaba ansioso desde su ventanuco en espera de la gran tormenta, quizá habría pensado que se trataba de la inocente manía de uno de tantos desequilibrados. Pero sí hubiese sospechado que este preso había sido el más valioso auxiliar del doctor Lacombe y aguardaba a efectuar un experimento en el momento de mayor intensidad de las descargas eléctricas de la atmósfera con un artilugio que escondía debajo de su camastro, habría, saltado de su cómodo sillón alarmadísimo, invadido por el Miedo...

Aquella noche los hombres de guardia, según recordaron mucho después, entre el fragor de la tempestad y las centellas y chispas que eran atraídas por los potentes pararrayos, a través de la lluvia torrencial, creyeron ver ciertas luminosidades extrañas en el ala sudeste de las naves de celdas. Pero no les prestaron mayor interés, porque en verdad la tormenta parecía hacer arder el cielo y la tierra. A la mañana siguiente no hallaron novedad alguna en las edificaciones ni en sus habitantes. Se produjeron algunos destrozos en las instalaciones auxiliares, más para eso estaban allí las brigadas de trabajadores forzados. Hubo precisión de hacer jornadas intensivas. Algunos soldados fijáronse, con cierta admiración, en la actividad desplegada por uno de los últimos reclusos, el «número R. 9.377», un hombre joven de ojos oscuros y melancólicos y de muy robusta complexión a pesar de ser delgado y de piel pálida, el cual parecía incansable. Allí no había distinciones, pero los encargados del trabajo concedían, tácitamente, una muy relativa libertad de movimientos al silencioso, obediente y dinámico «número R. 9.377». Quizá, el infeliz, pretendiera olvidar sus cuitas con el cansancio

muscular.

Era la época de los ciclones del Índico. Aunque ya éstos eran señalados en su iniciación por los servicios meteorológicos y muchas veces abortados o desviados hacia el Antàrtico por los cohetes diseñados para combatir los tifones y huracanes, la costa oriental de la gran isla veíase todavía algunas veces al año asaltada por grandes tormentas de formación esporádica.

Un mes después, casi desde el amanecer, el barómetro señaló una súbita depresión atmosférica. El cielo era negro y a veces, cuando sopeaba el viento de una determinada dirección, oíase el rumor del mar embravecido batiendo el litoral coralino.

La jefatura de Fort Académie ordenó la más absoluta inactividad y vigilancia. A media mañana comenzó a descargar la tormenta y al anochecer, tras largas horas de impasibilidad humana ante los elementos desencadenados y furiosos, la tempestad hallábase en su apogeo. A millares, aquella noche, los rayos fueron sorbidos por las magníficas instalaciones protectoras del penal, que a duras penas mostraron su eficacia. Los truenos hacían retumbar los edificios y el agua, en tromba, amenazaba con hender techumbres y socavar cimientos. Los hombres, ocultos, aguardaban. Nadie vio luminosidades extrañas aquella noche, porque todo era extraño y terrorífico.

Y al día siguiente las nubes se retiraron y salió el sol. Los primeros rayos bañaron, solícitos, a través de la atmósfera limpia y diáfana, el ala sudeste de las edificaciones de Fort Académie.

Y entonces sucedió lo más inaudito que presenciaran en su vida los rendidos y asombrados guardianes que salían a dar la bienvenida al sol.

Una reja, la de la celda del «número R. 9.877», parecía arder con una luz blanca muy brillante. Reflejos de la luz solar no podían ser, porque allí no había cristales ni superficie alguna pulimentada. Más tampoco hubo tiempo para cábalas ni investigaciones.

El enrejado de gruesos barrotes de hierro vibró a la vez que la pared circundante, y como impelido por una potente fuerza interior cayó pesadamente al suelo dejando una brecha descomunal y esplendente. En ella apareció el «número R. 9.877» portando un raro artefacto que apoyaba en su antebrazo derecho y sin vacilar bajó a saltos por el túmulo de hierros y cascotes que se acabaran de desprender de la celda.

—¡Alto, detente!

El preso accionó su artilugio en dirección de los guardianes, que ya apercibían sus armas. Un haz de insoportable calor los envolvió y las armas y todas las partes metálicas del atuendo quemaron, y los hombres huyeron despavoridos. Comenzó a sonar la sirena de alarma. Soldados y guardias armados aparecieron por doquier, pero el joven recluso «número R. 9.377» caminaba libre, a su voluntad, a través de la gran explanada. Otros hombres corrían profiriendo alaridos, abandonadas sus armas y despojándose desesperadamente de sus ropas. Los botones y las hebillas achicharraban. Algunos, enloquecidos, se lanzaban de bruces en los numerosos charcos y

lodazales.

—¡Dejadme ir! —gritaba el recluso—. ¡No quiero haceros daño, pero dejadme ir! ¡No detenedme!

Una zona enorme en su derredor quedó desierta. Resonaron los ecos de algunos disparos, pero el «número R. 9.377» corría ya, protegido por su nube de intenso calor, hacia donde estaban los pequeños aviones del personal directivo de la penitenciaría. Su intención era evidente. Por todas las puertas y calles, pero lejos, aparecían hombres esgrimiendo armas de todas clases. Un fuego mortífero se concentraba en torno del perseguido, pero su movilidad y la gran distancia de los tiradores, además de la sorpresa, el nerviosismo, el dolor y el miedo que los enloquecía, le libraban de ser alcanzado.

¿Quién era aquel hombre infernal que realizaba tan fantástica hazaña? ¿Qué poderes misteriosos y terribles controlaba para su evasión increíble?

—¡Un millón de francos a quien le detenga, vivo o muerto! —tronaba el altavoz—. ¡No le permitan tripular un avión! ¡Rodéenle a distancia prudencial! ¡Destruyan los aviones, si es preciso!

El fugitivo ya había saltado a un «delta» de cohetes de reacción nuclear y puesto en marcha los motores. El avión se estremeció, saltando bruscamente al aire. Tambaleóse un instante y de pronto se encabritó hacia las nubes. En un ángulo pronunciadísimo, ganó altura con violencia y pronto no fue más que un punto acerado en el cielo azul. Aquel hombre no sería un buen piloto, pero en Fort Académie, quizá, no le volverían a ver.

¿Quién era? ¿Qué hizo en su celda? ¿Y qué sería capaz de hacer ahora, en libertad, si no se le llegaba a capturar antes de que volviera a utilizar su terrible y desconocido poder?

CAPITULO III

Los hombres del Prometeus

Yéremi Klovsi acabó su disertación en la Asamblea de Gobierno del Astro Sintético y el presidente dio la señal para el Coloquio. Varios de los asistentes pidieron turno para su intervención parlamentaria, aunque ya el orador había dejado bien sentados los hechos.

—Como bien ha dicho Klovsi —habló Fivras Taylor, el más joven miembro de la Asamblea—, los hombres de la Tierra, en sentido general, ya lo han inventado todo. Difícilmente podrán llegar a más, sino al tedio y a la destrucción mutua. Ahora se dedican, ciegos, a crear «antis». Una técnica negativa. Inventan cosas que inutilizan a cada una de las otras ya inventadas. Y han llegado a no poderse servir de nada, porque cada arma o utensilio tiene su «antiarma» o «antiutensilio». Creo que es el momento de que intervengamos nosotros

—No pienso yo así —dijo Blasco de Aragón, uno de los asambleístas veterano—, y no es que no desee volver a la Tierra. Pero no debemos precipitar los acontecimientos. Dejémosles que se ataquen llevados de sus odios y ambiciones y se destruyan. Luego iremos nosotros, a reconstruir sobre las cenizas.

—Sí, eso es mucho más cómodo, pero ¿cuándo será ello posible? —inquirieron los más impacientes.

—El tiempo lo dictará —sentenció Yéremi Klovsi—. Tenemos todas las ventajas. Vivimos más que ellos y podemos esperar —y terminó con acritud—: Además, las resoluciones de esta Asamblea no deben obedecer a opiniones o gustos individuales, sino al interés de todos los habitantes de Prometeus.

El presidente, el respetable Silas Demetrios, intervino:

—Cada uno, señores, debe razonar ampliamente su punto de vista. Precisamos también conocer los últimos informes de nuestros agentes en la Tierra con respecto a los más recientes sucesos. Hasta entonces queda aplazada la discusión de este asunto, ya que el ahorro de palabras inútiles es, como no ignoran, muy vital para la perfección de nuestras organizaciones públicas.

La Asamblea pasó al estudio de otros problemas y Klovsi, Taylor y otros miembros abandonaron, por no ser éstos de su incumbencia, la enorme Sala de Gobierno.

Yéremi tomó un ascensor para ir a la alta cúpula del edificio. Quería

estar solo, contemplando el firmamento. Allí siempre, se le aclaraban las ideas. Y sentóse a un lado de la gran plataforma cubierta, en uno de los sillones extensibles. A sus pies, bajo la coraza transparente, brillaban las luces de la ciudad. En realidad todo era ciudad, pues la urbe, salvo los campos de cultivos vegetales y experimentaciones, ocupaba la totalidad de la superficie del astro.

Prometeus era de forma esférica, con un diámetro de sólo 135 kilómetros (semejante a un asteroide de regular tamaño) pero de una densidad tal en su masa, que hallábase incorporado, sin riesgos inminentes, al concierto cosmológico del sistema solar. Su órbita alrededor del Sol era elíptica, acompañando a la Tierra a una distancia casi invariable de 2.989.000 kilómetros en su traslación, aunque sus cambios de estaciones no eran iguales por efecto de la diferente inclinación del eje imaginario en torno del cual giraba. Por lo demás, aun cuando Prometeus gozaba de una atmósfera respirable propia, toda su superficie estaba protegida, para mayor seguridad de sus habitantes, por una coraza transparente e invulnerable. Uno de los problemas técnicos todavía insolubles era el del continuado bombardeo de partículas meteóricas. Nunca se descartaba, aunque las posibilidades eran muy remotas, el choque con otro cuerpo del espacio de parecidas o mayores dimensiones. En general, este temor era el que hacía ansiar a todos los habitantes de Prometeus su futuro establecimiento definitivo en la Tierra.

Luego estaba el factor social o humano. Los hombres del astro sintético eran, tan diferentes físicamente a sus lejanos hermanos terrestres, como seres que eran, en realidad, pertenecientes a otro planeta. El medio hace al hombre, rezaba un antiguo dicho científico, y nada más verdad. Todas las condiciones de vida en Prometeus —clima, alimentación, costumbres, magnetismo, diferencia de índice de gravitación, etcétera—, eran distintas a las de la Tierra. Los moradores del mundo nuevo que veintitrés o más años atrás nacieron en el tercer planeta, al sobrevivir en éste sufrieron sensibles transformaciones impuestas por el nuevo orden natural. Los que iban naciendo en Prometeus, ya, acusaban rasgos muy dispares de los de sus antepasados terrícolas.

Yéremi Klovsi, de cuarenta y seis años de edad, había habitado igual tiempo en cada uno de los dos mundos. Era un prototipo. Alto de más de dos metros, muy delgado, exento de grasas inútiles; cabeza pequeña y frente muy amplia, mentón recogido y dentadura deficiente, pies muy grandes y huesos pesadísimos, velludo, ágil y ligero en extremo. Esta morfología, en cada nueva generación, hacíase más pronunciada. Dentro de dos siglos, de seguir Prometeus en el espacio, sus habitantes serían totalmente distintos de los de la Tierra, y hasta quizá incapaces de poder sobrevivir en ella...

—Pues yo no quisiera morir sin volver antes allá —se dijo Yéremi Klovsi como tantas veces que veía a la Tierra allá arriba, como ahora, en su fase de cuarto creciente.

—¡Qué hermosa es! —clamó una voz a su espalda—. Tan clara, tan azul, con sus manchitas de nubes que nunca nos deja ver medio continente

completo... ¡Quién diría, si no se la conociera, que contiene tantas necedades!

Volvióse Klovsi y saludó a su viejo compañero de aventuras, Blasco de Aragón, que sin duda acudía al mirador atraído, como él, por la nostalgia del astro azul.

—Dime la verdad, Blasco. ¿Has sentido arrepentimiento, alguna vez, por haberte alejado de ella?

—¡No, por Dios! Esta aventura, nuestra es más maravillosa que todas las que jamás se pudieron soñar. Además... los hombres que viven allí son enemigos nuestros. Son bestias, en su inmensa mayoría.

Iba a responder Yéremi Klovsi, a rebatirle quizá, cuando percibió en uno de sus bolsillos un rumor peculiar. Extrajo el diminuto teléfono, del tamaño de un antiguo reloj enano, y se lo aproximó al oído.

—Sí, ahora voy —contestó tras escuchar unos momentos.

—Es de Recepción de Mensajes —explicó a su compañero, guardándose el aparatito—. ¿Vienes? Hay una comunicación del profesor Hank Hadler, del Observatorio de Marsella. Me dicen que es interesante.

Los dos hombres, a los pocos minutos, estaban en las cabinas secretas de Recepción, en el piso cuarto de la más alta torre de Prometeus. Uno de los técnicos acabó de preparar la cinta parlante recogida por las potentes antenas de radio, ya interpretada la clave, y la pasó en el amplificador ante los dos miembros de la Asamblea.

La voz de Hank Hadler, desde la Tierra, sonó tenue, pero nítida, en el estudio de Mensajes del astro sintético.

«De H. H., Marsella, a Y. K., Prom. —Informe especial número 57. Hace seis meses di cuenta de cómo nos vimos obligados a inutilizar, por seguridad propia, a otro de los posibles adeptos resultado fallido, que intentamos ganar para nuestra causa. Se trataba de Román Garcés, joven físico de muy valiosas aptitudes. Ahora bien, por causas imponderables, esta inutilización no se pudo llevar a efecto por completo. El hombre fue demasiado rápido en el momento del ataque. Más tarde se repuso y recobró todas sus facultades, aunque de nada le sirviera su restablecimiento, pues como penado en Fort Académie, en Madagascar, nada le era dado hacer en nuestro perjuicio. Este caso, en su tiempo, lo consideramos resuelto y finalizado en absoluto. Pero he aquí que ahora, este hombre, por no sabemos qué extraño procedimiento, aunque muy alarmante según todos los informes, se ha evadido. Es el único caso en la historia de las nuevas penitenciarías. No ha sido tampoco, nos consta con certeza, una jugada del contraespionaje. El asunto es guardado en el mayor secreto por las autoridades, pero se le busca muy ansiosamente. Créese que logró construir en su celda, sin medios técnicos ni auxilios de ninguna clase, un arma desconocida que genera calor. Esto ya, de por sí, hace a Garcés valiosísimo por sus conocimientos científicos e iniciativa y peligrosísimo por estar en situación de denunciar la célula europea, si quiere. Huyó en un cohete de reacción y actualmente se desconoce su paradero. Preciso instrucciones **y** *superior ayuda. El resto de la situación, sin novedades según el último informe ordinario. Saludos.»*

—¿Bestias, eh?—rezongó sarcástico Yéremi Klovsi.

Seguidamente pidió todas las referencias archivadas sobre el Observatorio de Marsella y se enfrascó en un detenido estudio de la situación creada a los agentes terrestres. Cursó órdenes, llamadas y consultas a sus ayudantes y asesores, y a las pocas horas tenía confeccionado un proyecto que presentó en su despacho de la Asamblea al presidente.

—Póngase en práctica—decretó Silas Demetrios.

Y así fue como Fivras Taylor, el joven y belicoso consejero de la Asamblea, fue designado para trasladarse a la Tierra en misión especial del Gobierno del Astro Sintético. Sus múltiples deberes encerrarían muchos peligros, pero contaba, para el éxito de sus objetivos y su seguridad personal, con la sabiduría y la ciencia de los «hombres nuevos» de Prometeus que él llevaba consigo.



Fivras Taylor había nacido en la Tierra. Fue uno de los cien niños incorporados, con sus padres o familiares, a la tripulación del planeta artificial cuando tuvo lugar su lanzamiento. Entonces contaba siete años de edad. Pertenecía, por tanto, a la genuina primera generación del Espacio. No conocía prácticamente la Tierra, pero sus estudios e investigaciones y el amplio aprendizaje a que fuera sometido, habíanle convertido en un

conocedor mucho más profundo y completo que cualquier criatura terrícola lo fuera de su propio mundo.

El viaje era relativamente fácil y desprovisto de riesgos, dados los enormes medios técnicos de que disponían en Prometeus. Los mismos hombres de la Tierra podían efectuar en sus astronaves el traslado, pero dejaron de hacerlo desde que una escuadra militar fue totalmente destruida, ocho años atrás, antes de lograr aproximarse a unos doscientos mil kilómetros. El viaje de ida al viejo mundo era más sencillo y rápido a causa de las diferencias de masa y, además, por el sistema a emplear. También podíase hacer en el mayor secreto, cosa muy importante, pues de ello dependería todo el éxito de la empresa.

En cinco días de veinticuatro horas (la medida del tiempo en Prometeus era igual que en la Tierra a pesar de las condiciones distintas de sus días y sus noches), Fivras Taylor y su nave estaban dispuestos para la partida. Previamente el hombre fue sometido a las oportunas «pruebas de aclimatación», examen de lenguas principales y habituales costumbres. Para el enorme salto bastaban poco más de sesenta horas, de dos y medio a tres días, pero el momento y el lugar de la arribada estaba cuidadosamente proyectado por Yéremi Klovsi. Este sería en las últimas horas de la madrugada y en un desolado lugar de Persia o Afganistán, zonas poco pobladas y sin una efectiva vigilancia por parte de los sistemas detectores de las potencias terrestres. Taylor, provisto de ropas, equipo y documentaciones de las usuales en la Tierra, a pie, habría de cubrir una distancia prevista hasta su encuentro con un agente ya aleccionado que le facilitaría el medio de transporte a las urbes donde en realidad habría de dar comienzo a las misiones señaladas.

—Adiós, amigos —dijo al vestir su traje espacial, con fría sonrisa y un brillo intenso en sus grandes ojos claros—. Espero volver triunfante, pero me gustaría más esperarles allí a todos... y no durante mucho tiempo.

Fue acomodado de bruces en el sitial de la nave interplanetaria individual, que era sencillamente una cápsula metálica adosada a un juego de cohetes. La pequeña nave, de forma exterior ovoidal, era de un color negro muy opaco, refractario a los reflejos luminosos. A medio millón de kilómetros los cohetes impulsores la dejarían libre en su trayectoria y se desintegrarían, quedando sólo los opuestos, para frenar la velocidad de la nave cuando ésta estuviese próxima a penetrar en la atmósfera de la Tierra.

—Suerte, muchacho —le deseó Blasco de Aragón. Y le rogó—: Si encuentras a ese hombre de Fort Académie y haces con él buenas migas, pregúntale de qué parte de España es. Me gustaría saberlo.

El astronauta rióse burlonamente y asintió. No comprendía a los viejos. Hizo un ademán y le cerraron la estrecha cabina hermética. La nave pareció estremecerse hasta en la última de sus moléculas. La luz, al otro lado de la escotilla, se hizo deslumbrante.

Y del Astro Sintético partió raudo, rumbo a la Tierra, un ente extraño y

diabólico para unos, salvador y maravilloso para otros, pero que de todas formas quizá estaría llamado a influir considerablemente en el destino de muchas personas y aun en el de muchos pueblos.

Yéremi Klovsi corrió a Recepción de Mensajes, al departamento montado especialmente para comunicar, mientras fuera posible, con Fivras Taylor, el primero de los habitantes de Prometeus que regresaba a la Tierra.

CAPITULO IV

En un desierto de Arabia

D

jamar Lajjur! —vociferó el viejo camellero al llegar frente a la tienda que el gran señor árabe tenía montada en pleno desierto.

—Entra, Abdul. Tu hijo llegó a caballo y nos trajo nuevas de tu hallazgo. La bendición de Alá viaja contigo.

—Este es el hombre. Servirá. Si no, haz de él lo que quieras. El avión está escondido en los roquedales de Jalí.

—Tu discreción y sabiduría serán premiadas, Abdul —prometió el jeque, y se dirigió en inglés al europeo sucio y barbudo que le presentaban—: Abdul te ha dicho qué queremos de ti. ¿Estas conforme?

—He de pensarlo, señor. Ahora lo que estoy es muy cansado.

—¿Qué llevas ahí?

Y el árabe señaló un paquete mal envuelto en trozos de plástico que el blanco portaba con sumo cuidado sobre el brazo izquierdo.

—Es un aparato... de estudiar la contextura del suelo, de las piedras. Te ruego que no sea tocado por nadie. Es muy delicado y hasta peligroso.

—¿Puedes buscar con él sitios donde haya agua?

—No, no sirve para eso.

El árabe hizo un gesto despectivo y gritó algo a otros, al parecer servidores. Trajeron unas tortas de harina, dátiles, conservas y una vasija con agua. Al extranjero le fue indicado un rincón fuera de la tienda, sobre la arena.

—Siéntate, come y duerme. Luego hablaremos.

Román Garcés no se hizo repetir la invitación. Mientras comía, solitario y casi contento, hizo curiosas observaciones acerca de su singular aventura. Hallábase según sus cálculos en la parte central, más bien hacia el sur, de la península arábiga, en pleno desierto de Dahna, a más de quinientos kilómetros en recta desde Hadramaut, la costa meridional de la península. Desde Madagascar había volado hacia el norte y siempre sobre el mar, y tras la travesía del golfo de Adén el receptor de radio del avión, conectado con la onda de policía, le trajo noticias de la intensa búsqueda de que era objeto. Su paso había sido registrado por la estación de las islas Seychelles y varias escuadrillas despegaron ya, en su persecución, de bases de Madagascar, Libia y Abisinia. Otras le cerrarían el paso desde otros puntos a no tardar, y Román decidió aterrizar en la Arabia central, una de las pocas zonas de la Tierra que todavía conservaba sistemas de vida como cincuenta años atrás. No sería ello la salvación, desgraciadamente, pero carecía de otra alternativa. En el aire

sería localizado muy pronto.

Cinco horas nada más habrían transcurrido desde su evasión de Fort Académie. Cuatro de vuelo y una de viaje montado en un dromedario. Unos beduinos le apresaron nada más aterrizar y Román juzgó mejor no defenderse. Aquellos hombres, no tan atrasados como un siglo antes pero con mayor sentido de su feroz independencia envueltos siempre en conflictos internos, le comunicaron pronto su deseo: el avión, cuyo manejo él debía enseñarles. No les importaba lo demás, ni su filiación ni su procedencia, bastando sólo que ni él ni el «delta» pertenecieran a fuerzas militares. No era el primer secuestro de esta clase, contando con la buena voluntad del piloto. Se haría todo en el mayor secreto. El jeque Lajjur daría una pequeña fortuna por el avión y su tripulante, fortuna que a su vez recibiría, doblada, del reyezuelo Shalahar. No podía Román Garcés haber caído, de momento, en mejores manos.

—No te faltará nada si te avienes a nuestros deseos. ¿Estás conforme? —volvióle a preguntar el jeque, a la caída de la noche.

—¿Qué sería de mí en caso de negarme? —inquirió con humildad Román.

Djamar Lajjur acarició un momento con la yema de sus dedos oscuros el filo de su daga curva y enjoyada.

—Tendríamos que buscar otro piloto blanco para el avión —dijo suavemente.

—Y si acepto, ¿no temes a los europeos? El avión no es mío y vendrán a buscarlo... y a buscarme a mí.

—No encontrarán una cosa ni otra. Dentro de dos días el avión será de otro color y tú también. Más tarde se harán otros cambios.

—Pero vendrán mucho antes de dos días, y hasta de uno.

El señor del desierto sonrió con suficiencia.

—Tendrán que investigar durante semanas, y eso nuestro Gobierno de La Meca lo denunciaría a las Naciones Unidas. Si tú no lo quieres, no darán nunca contigo. Y sería, para ti, mucho mejor así.

—Naturalmente —concedió Román, con toda sinceridad.

Y así fue como al evadido de Fort Académie, según opinión de la policía militar, pareció habérselo tragado la tierra. Ni del hombre ni del avión se hallaron rastros, aunque existía un enorme territorio perfectamente delimitado en el cual, tarde o temprano habría de darse con la pista del fugitivo. El centro de esta zona sospechosa era la mitad sur de Arabia. Unos cuatrocientos mil kilómetros cuadrados de país duro e inhóspito. Y entre los díscolos hijos del desierto, en las rebeldes tribus de beduinos, la investigación sería muy larga y laboriosa.

Román Garcés, aguardando siempre una ocasión propicia para huir a Europa en condiciones de relativa seguridad, comenzó la enseñanza de nociones teóricas de aeronáutica a un reducido grupo de jóvenes beduinos. Resultó que su antecesor, un italiano trotamundos apegado a aquella gente más por su afición a las bellas mahometanas y a las drogas que a su cátedra de

arena, había sufrido un accidente fatal dejando su puesto vacante y al imán Sharahar sin aviación. El ex presidiario pudo hacerse, entre otras cosas, de la documentación del italiano, estupendo hallazgo que le permitiría, llegado el caso, probar una identidad a cubierto de todo riesgo. De la pulsera de acero habíase deshecho y el tatuaje en la espalda un viejo derviche prometióle hacérselo desaparecer, más no confiaba demasiado Román en las dotes de dermatólogo del beduino y ello era lo que le obligaba aún a permanecer oculto como un forajido.

Las noches en el desierto eran tibias, silenciosas, deslumbrantes de estrellas. Como en los viejos tiempos, igual que en los siglos pasados, los nómadas se sentaban alrededor de una gran hoguera y al son de sus músicas plañideras y ululantes cantaban y bebían hasta que era llegada la hora de tumbarse en las tiendas negras y calientes. Algunas veces, arrinconados los receptores de televisión a pila, muchachas de rostro velado y amplio y transparente ropaje danzaban a los rayos de la luna y las fogatas. Las ajorcas les brillaban como los ojos. Y en todos aquellos ojos negros y enormes veía Román los de Pola Patti... ¿Qué habría sido de Pola Patti en manos de Hadler y sus esbirros?

El aventurero hombre de ciencia pensaba muchas veces en volar hacia occidente, abrirse paso con su máquina de rayos calóricos —que había perfeccionado—, e irrumpir en el Observatorio de Marsella como un nuevo y terrible conde de Montecristo. Pero al punto desechaba tales arrebatos aunque su impaciencia fuera siempre en aumento, especialmente, cuando veía en el cielo el punto brillante y móvil de Prometeus.

Los árabes le volvían la espalda al Astro Sintético. Lo repudiaban, considerándolo un grave insulto al Sol y a la Luna. Los santones le tenían profetizado un terrible fin, tan pronto lo dispusiera Alá. En lo único que discrepaban era en la fecha exacta de este castigo divino.

Román Garcés seguía mirando el firmamento en las noches estrelladas, cavilando, cuando ya todos dormían y no había en el desierto más sonidos que el rumiar de los dromedarios y el lejano ladrido de los chacales. Una de esas noches, una tenue ráfaga de luz centelleó durante una fracción de segundo en un pequeño arco de circunferencia en dirección noreste-sur. No le concedió interés el solitario, seguro de que se trataría de uno de tantos meteoritos que se disgregan al chocar con la atmósfera, pero a los pocos minutos percibió un levísimo reflejo mucho más cercano que inmediatamente volvió a borrarse sin dejar rastro. Y continuó mirando, distraído un poco de sus pensamientos, hasta volver después a éstos y luego al cansancio y al sueño. Arrastróse ya medio dormido hasta su tienda y se tumbó en el jergón, olvidado de los meteoritos, de la Luna y las estrellas y hasta del mismo Astro Sintético.

El siguiente día lo comenzó con sus andanzas de costumbre. Dos semanas llevaba ya a las órdenes directas del jeque Djamar Lajjur y sólo cuatro veces fue llevado, en dromedario, adonde el avión permanecía oculto y vigilado por hombres del imán.

—Hoy irás con Abdul, su hijo y dos muchachos más —le anunció Lajjur.

Cuando ya las cabalgaduras estaban dispuestas para la marcha, un beduino jinete en un caballito negro, llegó a galope a través de las dunas y los pedregales y desmontó de un salto ante la tienda del señor del desierto, pidiendo a grandes voces ser conducido a su presencia.

A poco Román fue llamado por el jeque, a quien halló con la mirada torva y mesándose pensativo y amenazador la barba.

—Me dicen que han encontrado a un hombre blanco a mitad del camino de los roquedales de Jalí. Viaja a pie.

—¿Sospechas que hayan encontrado mi pista, señor?

—La gacela siempre debe sospechar del león. Está escrito.

—¿Quién es ese hombre? ¿Viaja a pie, dices? ¿Solo?

El jeque miró duramente a Román.

—Y el león nunca debe confiar en la hiena. También está escrito.

—¿Crees que yo...? —casi gritó el fugitivo de Fort Académie.

—Sois malos demonios los blancos —prosiguió Lajjur, colérico—. Malos demonios con la electricidad y los cohetes y las máquinas. Tú has podido hacer hablar a las ondas e indicar las rocas de Jalí. Es fácil soltar a un hombre armado, o a cien, desde las nubes. ¡Pero eso puede ser la guerra!

Román, estaba desconcertado y furioso.

—¿Insinúas que yo he lanzado llamadas por radio y han respondido enviando a un paracaidista como espía o enlace ?

—Si ese hombre hubiera llegado hasta aquí andando, mis guerreros lo habrían avistado hace cinco días.

—¡Pues yo no sé nada de eso, Djamar Lajjur, y puedo jurarte que no he abierto mi boca, porque tampoco quiero ser descubierto por mi gente!

El jeque mostró sus dientes en una sonrisa feroz.

—Si es así, cuidarás de no ser reconocido como europeo. Vamos.

El lugar donde debía estar retenido el forastero, no era lejano. Entre los jinetes que aprestaron sus cabalgaduras para formar en el séquito del señor del desierto figuraba Román Garcés, quien difícilmente podría ser distinguido de entre sus acompañantes beduinos, pues sus vestiduras y la tonalidad de su piel —conseguida con apropiados tintes y con la luz del sol, se conjuntaban a la perfección con sus facciones latinas, mediterráneas. Marchaba el improvisado profesor piloto ansioso por experimentar su disfraz ante europeos y probar al jeque su fidelidad y, también, por averiguar quién era y qué quería allí el extraño visitante caído, al parecer, del cielo.

A través de grandes arenales y de llanuras áridas, bajo un sol ardiente y cegador, la cabalgata cruzó veloz hasta alcanzar a descubrir un exiguo grupo de palmeras a cuya sombra debían hallarse, sin duda, el misterioso extranjero y sus captores.

Se aproximó la comitiva y nadie salió de entre los árboles a dar la bienvenida. El silencio reinaba en el oasis. Algunos jinetes y el guía desmontaron, inquietos. El jeque condujo su caballo hasta el charco de agua

pestilente.

—¡Muertos, Djamar Lajjur! ¡Muertos! ¡Y el extranjero ha desaparecido!

Tres hombres yacían inmóviles en la arena, con gesto estereotipado de terror en sus facciones afiladas y con los dedos crispados en las empuñaduras de sus cuchillos y pistolas.

—Las huríes del profeta deleiten sus horas eternas —dijo con gravedad el jeque. Y como impulsado por un rayo, los ojos centelleantes como ascuas, encaróse con Román—: ¡Perros, malos demonios! ¿Qué dices ahora?

La consternación del huésped de los beduinos era evidente, pero inútil. Hubo de hacerse fuerte y enfrentarse con resolución a la peligrosa ira del jeque. Sus razonamientos, más que sus promesas y protestas, hicieron volver a su vaina el acero de Djamar Lajjur.

—¿Estas ciego, señor? ¿No ves que no ha sido ésta una lucha vulgar ni un asesinato a traición? ¡Hay que perseguir a ese extranjero, el cual no puede andar lejos! ¡Mira, los caballos y dromedarios de tus hombres han quedado aquí, trabados como estaban! ¡Soy yo, Djamar Lajjur, quien tiene ahora un gran interés por detener a ese forastero!

Dos beduinos que inmediatamente habíanse dedicado a estudiar en la arena las huellas del desconocido retornaron, alarmados y sorprendidos.

—¡Ese hombre no camina, Djamar Lajjur! ¡Salta como una pulga!

Las raras pisadas, en una gran extensión de tersa superficie arenosa, desconcertaron a los hombres del desierto. Y su estupor llegó al máximo aún antes de comprobar que los cadáveres de sus desgraciados compañeros no presentaban como hubiera sido lógico, signos algunos de violencia.

Román Garcés, tras una breve investigación, dirigióse con la voz ronca y el semblante pálido, duro y enigmático, al jeque.

—Déjame en libertad de seguir a ese asesino, señor. Dame el caballo más rápido y los dos mejores rastreadores.

—Iré yo.

—Bien, pero no hay tiempo que perder. Da ahora mismo la orden de marcha.

—Mayores son mis deseos de venganza que los tuyos —replicó el jeque —, pero aquí quien manda soy yo.

El físico del Observatorio de Marsella no pudo reprimirse más y, excitado, adelantóse hacia el señor del desierto con los puños en alto.

—¿Pero no comprendes, imbécil...?

No le fue posible continuar. Uno de los beduinos, al ver a su señor amenazado, le descargó al español por detrás un fuerte golpe con la culata de su arma de fuego. Román cayó sin sentido y en el suelo fue pateado por el furioso jeque.

—¿El caballo más rápido quieres, verdad? —bramó Lajjur—. ¡Ocho de vosotros, llevaos a nuestros hermanos y a este perro al aduar! ¡Los demás, montad conmigo para ir a cazar al maldito extranjero nuevo!

Y así fue que Román Garcés, muy en contra de sus deseos, hallóse a

lomos de un dromedario y formando caravana con tres beduinos muertos y ocho vivos, todos silenciosos y en camino hacia las tiendas negras. El oasis, después de la tragedia, quedó abandonado.

Durante la travesía de regreso Román se hizo su plan de acción. Ya no podía continuar un momento más allí, y no precisamente por el choque con Djamar Lajjur, sino por algo mucho más importante que sucedía en el desierto. Y él, aun enfrentado a los árabes y los europeos, era el único en disposición inmediata de conjurar la Gran Amenaza que se cernía sobre el mundo. ¡Porque si sus sospechas eran ciertas, el misterioso y fatídico forastero aparecido en las ardientes dunas no era un ser procedente de punto alguno de la Tierra!

El tiempo invertido en el retorno fue largo, pero ello permitió a Román preparar cuidadosamente su proyecto. Apenas llegado al aduar fue introducido en su tienda, con centinelas armados alrededor. Allí vistióse un traje del italiano cuya personalidad adoptara, se guardó en los bolsillos algún dinero, un mapa de la región y un puñado de dátiles y requirió, del rincón donde lo ocultaba envuelto en un trozo de resistente plástico, el precioso aparato construido en Fort Académie y perfeccionado en el desierto.

Era poco más de medio día. El sol caía sin piedad sobre las calcinadas arenas. Los beduinos de guardia, somnolientos, alzaron cansinos sus negros ojos y vieron a Román aparecer en el umbral de la tienda. Al brazo llevaba aquel artilugio que nadie, ni el jeque, osara tocar.

—Me voy —dijo el extranjero—. No estorbad mi marcha. Puedo en un segundo enviaros a todos con vuestras huríes, pero no deseo haceros daño. Dadme un caballo y dejadme ir.

Gritaron los guardianes y una turba amenazadora se propuso cortarle el paso. Algunos hombres esgrimieron sus armas de fuego. Román dispuso el aparato accionando a la vez ciertos dispositivos, a semejanza de una cámara de fotografía en relieve, y los hombres armados más cercanos arrojaron sus pistolas aullando de dolor.

—Ved lo que puedo hacer —advirtió Román, dirigiendo los invisibles rayos de su artilugio hacia una tienda deshabitada a la sazón, las lonas y palos se consumieron en una llamarada gigantesca y fugaz y las partes metálicas se retorcieron al rojo, fundidas.

Los beduinos retrocedieron horrorizados.

—Tráeme un caballo ensillado, Alí, y dile a Djamar Lajjur que lo tomo a cambio del avión.

El boquiabierto hijo de Abdul obedeció al instante. Román Garcés se retiró de espaldas, sin dejar de amenazar a la turba inmovilizada, hasta donde el muchacho aguardaba con la cabalgadura dispuesta.

—Adiós, Alí. Di a tus hermanos que no sigan mis pasos. Voy en busca del extranjero del oasis, que también es mi enemigo.

—Sí, señor —murmuró el joven beduino, temblando—. Alá te guíe.

El fugitivo partió en dirección noroeste por un valle largo y pedregoso en

cuyo fin debería encontrar una ruta de caravanas y vehículos.

Oyó el griterío de los beduinos a lo lejos, pero no hizo caso. No le seguirían. Su demostración de poder fue demasiado contundente. No hubo otro remedio.

Pasaron las horas y el sol fue acercándose a su ocaso.

Román galopaba ya por la desolada ruta señalada en el mapa y esperaba llegar, antes de la noche, a un poblado donde quizá podría obtener los informes necesarios para proseguir sus indagaciones. Además, como no era buen jinete, quería intentar el alquiler de un automóvil-oruga de los que con frecuencia hacían servicio en las zonas desérticas de Asia y África.

Tocaba a su fin el largo crepúsculo. El poblado, una aldea junto a unos pozos, fue divisado en lontananza. En el camino habían huellas de rodados de vehículos a motor. Román espoleó a su cansada cabalgadura y antes de que llegara la noche percibió, lejano, el rumor de un reactor-oruga. Trató de localizar el sonido. El coche avanzaba detrás de él y en su misma dirección y optó por esperar su paso. Tenía que confiar por fuerza, en su nuevo disfraz de italiano aventurero y trotamundos.

—«*Bonsoir*» —saludó acercándose al trote junto al coche tras de deducir del número de su matrícula la probable nacionalidad de los ocupantes.

—Buenas tardes. ¿Qué desea? —le respondieron.

Detúvose el vehículo. Viajaban en él tres europeos, franceses al parecer. Román se presentó como Guido Monteri, comerciante de regreso del interior y deseoso de proseguir su marcha en automóvil por hallarse rendido en lomos del caballo. Y esto último era verdad y además muy lógico, pues en tal época la hípica era casi exclusivamente un sistema deportivo. El conductor del oruga explicó que eran agentes de minas y se dirigían a Abu-Ariche y a Moka, en la costa del mar Rojo.

—Si permiten mi compañía hasta Abu-Ariche, donde espero hallar un coche, les agradeceré mucho tan señalado favor.

Accedieron los mineros y hasta la cercana aldea Román hizo trotar a su cabalgadura al lado del automóvil. Allí vendió el caballo a unos tratantes judíos por lo que le quisieron dar y después de comer se acomodó en el cuarto asiento del pequeño vehículo de las arenas. Los dos agentes de minas eran franceses, jóvenes y comunicativos. El tercer ocupante, un seco, triste y silencioso noruego recogido, como él, muy dentro del desierto, apenas murmuró unas palabras de cortesía.

Durante toda la noche prosiguió el viaje por la desolada pista alumbrada sólo por la luz de la luna y Román, que se esforzó en repetidas ocasiones por llevar de modo indirecto la conversación a los temas que le interesaban —estado de la búsqueda del fugitivo de Fort Académie y nuevas sobre el rastro del misterioso europeo escapado de los beduinos de Djamar Lajjur—, no pudo sacar una sola palabra a sus ocasionales compañeros. Hasta parecía que trataban de eludir estas cuestiones. Después Román se adormiló en su asiento y no supo más hasta muy avanzado el amanecer, en que el oruga se detuvo

junto a una grande y sucia laguna rodeada de cactos y palmeras.

El paisaje era menos desolado. Algunas tiendas de nómadas estaban plantadas lejos, al lado de un gran pozo. Una indicación de carretera señalaba que Abu-Ariche hallábase a 118 kilómetros. Los dos franceses saltaron del coche diciendo que se disponían a tomar un baño e invitaron a sus acompañantes. Román hubiera deseado imitarles, pero recordó el fatídico número que aún llevaba tatuado en la espalda y rehusó con un pretexto fútil. Tampoco el noruego quiso participar de las delicias de un baño.

—Como quieran ustedes —dijeron los dueños del coche, los cuales comenzaron a desnudarse tras una breve discusión, pues uno de ellos opinaba que no deberían perder tiempo.

Cuando ambos retozaban en el agua, el noruego hizo una grave señal a Román y lo llevó al lado opuesto del vehículo. Allí abrió una pequeña caja adosada en la portezuela del conductor y sacó una carpeta verde, cuidando siempre de no ser visto por los bañistas.

—He creído que le interesaría a usted esto —dijo, sacando de la carpeta una fotografía de tamaño postal.

El interés creciente de Román convirtióse en extraordinaria sorpresa. Aquella era una ampliación fotográfica de él mismo, en busto, anterior a su encarcelamiento. Y alguien, con un lápiz negro, había dibujado en el rostro rasurado una barba como la que en la actualidad lucía el modelo original y había oscurecido, además, la pálida tez del retrato, quedando éste exacto al actual Guido Monteri, comerciante italiano cansado de cabalgar.

Román dirigió una dura mirada inquisitiva al larguirucho noruego.

—Vi esta madrugada, mientras fingía dormir, cómo uno de ésos señores dibujaba aquí, copiando las facciones de usted —explicó el viajero silencioso.

El fugitivo de Fort Académie consideróse perdido. Aquellos hombres eran policías que andaban en su busca, y ya le habían descubierto. Por eso deseaban que se bañara, para verle la espalda tatuada, y su propia negativa no hizo más que contribuir a una mayor certeza en las sospechas ele los agentes. ¿Cómo no pensó que cada grano de arena del desierto había de ser cribado hasta dar con el evadido de Fort Académie?

—¡Maldita sea...! Me metí en la boca del lobo —exclamó con rabia Garcés, haciendo un movimiento instintivo para apoderarse de su aparato de rayos calóricos.

—Espere —le posó una mano larga y enguantada en su antebrazo el noruego—, yo tampoco quiero cuentas con la policía.

—Entonces...

El hombre señaló el coche.

—Yo no conozco esta región, y usted sí. No me importa lo que haya hecho antes. Vámonos nosotros hasta donde podamos hallar un avión para volar a lugar más seguro. ¿Se puede hacer?

La primera idea de Román fue oponerse. Era reacio a abandonar la búsqueda del misterioso asesino de los árabes de Lajjur y, también, por un

principio de ética, a convertirse en aliado de un delincuente. Pero ¿qué podía hacer, si ya su captura era sólo cuestión de horas o de minutos, y todo lo tendría perdido para siempre?

—Vamos —dijo.

Y ambos forajidos montaron en el reactor- oruga y partieron a toda velocidad, mientras uno de los bañistas llamaba a su compañero con desesperadas voces. Cuando los dos salieron desnudos corriendo por la arena, Román Garcés y el noruego estaban ya lejos, ocultos en una nube de polvo que se esfumaba en el camino.

—Esto nos costará un gran disgusto en la División, Mourine —dijo el de más edad, jadeante—. Menos mal que tuve la precaución de lanzar un mensaje de socorro mientras tú acababas el dibujo.

—No llegarán muy lejos entonces esos pájaros —replicó el otro aliviado, pero en seguida añadió con amargura—: De todas formas, el baño lo vamos a pagar muy caro. Lo siento, amigo, yo tuve la culpa.

—¡Eah, con tal de que no nos manden destacados a un satélite...!

CAPITULO V

El monstruo de otro mundo

F

ivras Taylor, el enviado de Prometeus a la Tierra, no se dio cuenta de la desviación sufrida en su trayectoria por el proyectil en que viajaba
hasta hallarse a una distancia de dos mil kilómetros de la superficie terrestre.

No importaba ahora que esta leve desviación fuera debido a un error de cálculo de Yéremi Klovsi o a una causa desconocida puramente técnica. El caso era que con arreglo al movimiento de rotación de la Tierra y al grado de curvatura de su caída, el punto de aterrizaje, ligeramente desplazado al oeste, no sería el proyectado. Y ello podía significar mucho en el éxito inicial de su misión. Fivras Taylor no podía dirigir a voluntad su cascarón-nave. Sólo érale posible retardar unos minutos el choque, frenando más, con objeto de no caer en el golfo Pérsico o en una zona del litoral relativamente poblada.

Y fue el gran desierto de Dahna, en la península Arábiga, el mejor y más solitario campo de aterrizaje que se le ofreció en sus limitadísimas disponibilidades de elección. Así, nueve minutos y treinta y cuatro segundos más tarde de lo previsto y a una distancia de mil quinientos cuarenta kilómetros al suroeste del punto debido, el primer hombre llegado del Astro Sintético holló la Tierra. Al silencioso choque entraron en funcionamiento los dispositivos automáticos al efecto y la nave se abrió, dejando en libertad a su único tripulante.

El hombre se puso de pie en la cima de una gran duna, a la luz de las estrellas, y dio gracias a los dioses del Universo por el feliz arribo al planeta de sus mayores. Seguidamente recogió su breve equipaje y puso en marcha el mecanismo que habría de desintegrar, en pocos instantes, todos los vestigios materiales de su llegada.

Y

comenzó a andar, perdido el rumbo inmediato, porque allí ningún auxiliar agente de Prometeus le esperaba. Anduvo pesadamente al principio, pues aun con su calzado especial la gravedad terrestre le resultaba ya muy extraña. Graduó su intensidad gravitatoria y prosiguió andando, sin saber cómo iniciaría el contacto con los despreciables hombres terrícolas sin despertar sus sospechas. .

Y

salió el sol y no vio más que cielo y

arena, hasta que a poco hallóse sorprendido por cuatro hombres árabes montados en caballos, cuatro salvajes vociferantes con los que no hubo modo de entenderse. Eran bestias. Uno se fue, a dar cuenta de su presencia, quizá, y los otros quisieron arrebatarle sus pequeñas y preciosas pertenencias. Fivras Taylor sintióse molesto y se desembarazó de ellos. Luego, graduando al mínimo su peso, huyó de aquel lugar a grandes saltos.

Era cerca de mediodía cuando distinguió, desde la cumbre de un montículo plagado de plantas espinosas, un vehículo automóvil que se deslizaba veloz por una sinuosa pista de grava endurecida. Sus conocimientos de las costumbres y lenguajes de los habitantes de la Tierra, las instrucciones con que contaba y su gran iniciativa, permitiéronle requerir a los ocupantes del vehículo, franceses, haciéndose pasar por explorador noruego, para lo que disponía, entre otros muchos útiles, de los documentos de identidad correspondientes. Y fue admitido por los viajeros, sin sospechas, al parecer, en su compañía. La intención de Fivras Taylor era llegar a zonas populosas donde, antes de verse obligado a usar de sus poderes defensivos extraordinarios, le fuera posible contar con la imprescindible ayuda de agentes terrícolas del Astro Sintético. Al anochecer otro viajero solitario, de modo similar a él, pidió incorporarse al reactor-oruga. Y entonces Fivras Taylor anduvo ojo avizor, porque su aguda intuición hízole percibir algo extraño en aquellos tres hombres. Los acontecimientos de las horas sucesivas diéronle la razón. Los franceses eran policías internacionales e igual que habían sospechado del italiano sospechaban de él. No hacían más que llevarlos a los dos al punto de encuentro o cita con grandes fuerzas policiales. Por eso consideró mejor aventurarse en la sola compañía del delincuente, a quien juzgó buen conocedor de aquel territorio inhóspito y salvaje. No deseaba el hombre de Prometeus abrirse paso, por prudencia, eliminando gente como hubo de hacer en el desierto. Juzgó que mientras le fuera posible, huyendo como un vulgar transgresor de la ley, no descubriría con acciones espectaculares su presencia real.

Así Fivras Taylor y Román Garcés, en el oruga tomado a los incautos policías, corrían hacia las proximidades de Adén, donde no les sería difícil alquilar un avión-taxi hasta Egipto o Libia.

—¿Es su rumbo Europa? —inquirió Román sin apartar la vista del parabrisas y del camino que ante ellos abríase continuamente.

—Sí. ¿Y el suyo?

—Pienso regresar al desierto.

—¿No viene usted de allí?

—Sí, pero he de volver.

No se dijeron más. Se tenían desconfianza y hasta quizá un mutuo sentimiento de respeto hacia los asuntos propios de cada uno. Pero era aún muy aventurado para los dos el pensar en proyectos, juntos o separados. Insensiblemente, el cerco habíase ido estrechando en torno del fugitivo de Fort Académie.

No llevaban recorridos todavía doscientos kilómetros desde el gran oasis donde abandonaron a los agentes franceses, cuando media docena de aviones de caza surgieron raudos al frente, del horizonte sur, y cayeron como furiosas aves rapaces sobre el oruga. Uno voló tan bajo al lado del automóvil, que sus ocupantes percibieron claramente los gestos conminatorios de uno de los pilotos.

—Aquí terminó todo —exclamó Román con desesperación—. Hemos sido unos ilusos.

Más adelante-apareció una aeronave militar de transporte que se dispuso a tomar tierra en un llano situado a quinientos metros. El falso italiano, instintivamente, acortó la velocidad del coche. Los cazas se cruzaban por delante en vuelo raso para dar tiempo al desembarco de tropas cuya misión sería cortar la carretera y asaltar el vehículo.

—¡Siga! ¡Más rápido! —gritó el noruego.

—Es inútil—dijo Román. Y frenó.

Entonces Fivras Taylor, el hombre de Prometeus, decidió emplear sus armas antes que dejarse capturar con riesgo cierto de ser reconocido. Román le vio colgarse al hombro su bolsa de viaje tras sacar algo de ella y saltar fuera del coche con un gesto fiero en su semblante seco y alargado, centelleantes sus ojos amarillentos claros y erizado el corto pelo rojizo. El noruego se irguió en la calzada en toda su alta estatura, sin miedo, como desafiando a los aviones y a los soldados que establecían posiciones en amplio despliegue.

—¡Entregaos sin resistencia! —ordenó el vozarrón de un amplificador.

Fivras Taylor alzó en su mano izquierda, por encima de su cabeza, un objeto luminoso y zumbador. Inmediatamente los reactores de los cazas quedaron semiparalizados. Los cuatro que volaban más bajos cayeron a plomo, incendiándose. Los restantes adoptaron extrañas posturas de vuelo en el aire, mantenidos sólo por la enorme pericia de sus pilotos, que ante la imposibilidad de maniobrar intentaban tomar tierra. Los soldados se retorcían como si unas garras invisibles y poderosas los atenazaran. Algunos, no obstante, tuvieron tiempo de disparar sus armas, aunque los proyectiles se perdieron a mucha altura. El infernal objeto mantenido en alto por Fivras proseguía su zumbido leve y siniestro. Los dos cazas aterrizaron, uno de ellos hincándose de morros en el suelo.

Román, a los disparos, hízose de su precioso apáralo de rayos calóricos y se tumbó de bruces debajo del coche. El aire parecía estar electrizado. Percibíase una desconocida tensión en el ambiente. Sentía Román un extraño malestar, pero no paralización ni contorsionismo como las figuras grotescas

que veía en su derredor a más de trescientos metros de distancia.

—Voy a hacerme de ese avión —gritó el noruego sin abatir su misteriosa arma, pero sin hablar a su compañero, sino consigo mismo.

Y comenzó a andar en dirección del caza inmóvil. Román experimentó una rara compresión en sus músculos y saltó, obediente a una intuición súbita, en pos del hombre de los ojos amarillentos y chispeantes. Era como si los efectos nocivos de su arma extraordinaria no surtieran efectos sino a partir de un radio de ocho o diez metros. Era como si... fuera un arma de otro mundo, un arma de otros hombres.

—¿Adónde va, no deseaba regresar al desierto? —preguntó volviéndose a medias y despectivo Fivras Taylor al ver a Román esforzándose en seguirle.

—No, ya no —replicó temblando de excitación el físico del Observatorio de Marsella.

—Bien, como quiera.

Llegaron al avión. Sus dos tripulantes yacían en el interior, muertos o inconscientes.

—Quite eso de ahí.

Román obedeció. Con gran trabajo pero rápidamente pudo sacar los cuerpos de los aeronautas y tenderlos en el suelo.

—¿Usted, conoce el manejo del avión? —preguntó Fivras.

—No muy bien, pero alguna idea...

—Pues vamos. Vuele alto y hacia el noroeste. No se ocupe de más. La caída no importa.

Ocuparon la carlinga hermética y tan pronto como Fivras Taylor suspendió la misteriosa radiación de su arma, Román puso en acción los motores. Con una brusca sacudida se despegó el avión del suelo y casi al mismo tiempo crepitaron las armas de los primeros soldados que se encontraban libres de la cruel paralización sufrida.

—Vuele muy alto y a la mayor velocidad posible —recomendó el extraño compañero de Román, examinando un detallado planisferio fijado junto a los cuadros de mando—. Antes de la noche hemos de estar sobre el Mediterráneo central.

No tenía Román Garcés más nociones de aeronáutica que las recibidas como una asignatura más en sus estudios, y le resultaba bastante difícil pilotar un caza militar de reacción nuclear. Sin embargo, las circunstancias de este vuelo, más que las del anterior de evasión de Madagascar, le forzaban a convertirse en oscuro e imprevisto competidor de los ases mundiales. Ahora tenía el deber ineludible de no despegarse del falso noruego, a quien ya consideraba identificado como el misterioso viajero solitario y asesino que sorprendieran los infelices beduinos del jeque Lajjur. No le abandonaría, pues a la vez que le vigilara hasta desarmarlo y reducirlo en beneficio del mundo, constituiría en su tiempo la mejor prueba de su propia inocencia. Y si antes de eso se estrellaban ambos con el avión robado..., pues no perdería mucho la Humanidad, sino todo lo contrario.

La conducción del caza apenas le dejó más tiempo a Román para cavilar. Sobrevolaron Egipto y parte de Libia, adentráronse en el mar a gran altura y todavía lucía el sol muy por encima del horizonte. El promedio de velocidad era de dos mil kilómetros-hora. Faltando treinta minutos para el ocaso hallábanse rebasando el extremo meridional de Cerdeña. Era un verdadero «*récord*».

Fivras Taylor oteaba atento el mar.

—Baje a mil metros y reduzca la velocidad —ordenó.

Román no mostró mucha pericia en la maniobra, pero al fin el avión pudo ser situado con éxito en la altura pedida. Tres barcos lejanos veíanse en la gran zona azul dominada. Uno de ellos navegaba hacia el norte. Era un pequeño y viejo mercante de los que todavía se obstinaban en utilizar carburantes sintéticos. Llevaba buena marcha, sin embargo, pues su estela blanca veíase como un extenso arco continuamente dibujado en la superficie teñida de púrpura por el cercano crepúsculo.

—Descienda a quinientos metros, hacia esa embarcación —dijo Fivras.

Los otros dos barcos quedaron ocultos tras el horizonte. Ahora volaban a un par de millas a proa del pequeño mercante, y Fivras Taylor se colocó el paracaídas y el flotador para emergencias marítimas.

—¿Va usted a lanzarse?—inquirió Román.

—Sí, y usted también, y el avión. Hay que hacerlo desaparecer todo.

—Bien, aguarde a que yo...

Los ojos de Fivras Taylor centellearon como cuando saltó del oruga para habérselas con todo un ejército: con una mezcla de fiera determinación, ausencia de escrúpulos y raro placer.

—No es preciso —dijo fríamente. Y dejó caer en el suelo algo que produjo un leve estallido, y, seguidamente, abrió la escotilla y se lanzó al mar.

Apenas pudo Román ver cómo se le abría el paracaídas, porque la cabina se llenó de pronto de una densa y asfixiante humareda verde. En muy pocos segundos el improvisado piloto del caza sintió que se le nublaba la vista y perdía los sentidos. Los mandos quedaron abandonados. Desesperadamente, sus dedos tantearon en torno del asiento. Recordó haber leído en algún sitio que los aviones de aquel modelo estaban dotados de un dispositivo de salvamento muy generalizado, consistente en hacer soltar en un caso de peligro el asiento del piloto, el cual se disparaba hacia abajo desplegando un paracaídas dispuesto de modo conveniente. Sus dedos se crispaban nerviosos en cada resorte y en cada botón. Con los ojos cerrados, tosiendo, aferrado angustiosamente a su idea, Román sintió que el avión se volteaba en el aire con bruscos bandazos. Creyó morir, al perder la posición normal y todo sentido del equilibrio y de la vida misma. Y de súbito, algo crujió debajo y sintió un violentísimo tirón de las piernas y los hombros.

Y se halló colgado sobre el mar, balanceado por el viento, pero lejos del sofocante humo verde que hubiera acabado por matarle. Y sin avión, solo sentado en su taburete metálico del cual surgían los hilos que le suspendían de

un hermoso hongo blanco que sobre su cabeza recortábase limpiamente en el cielo azul del atardecer. Silbando y en barrena, el caza se precipitaba en el mar a no mucha distancia. Y como a un kilómetro a su izquierda el viejo mercante navegaba zigzagueando. En su cubierta veíanse correr de acá para allá, alarmados y diligentes, unos hombres diminutos como muñecos.

A poco el rumor del oleaje se hizo perceptible. Román, nada ducho en estos avatares, pensó que no podría nadar hasta ser recogido. Pero no le importó demasiado. Sentíase contento en cierto modo. Las impresiones sufridas le vencían ahora, y mecido suavemente por el aire se abandonó a una invencible lasitud quedando sin conocimiento.

El contacto con el agua fría le despabiló. Manoteando preso en el paracaídas oyó unas voces y el zumbido de un motor, vio una lancha que se le acercaba y entonces se desmayó definitivamente.

—¿Oiga, oiga, hable! ¿Quién es usted?

Estas voces, entre otras muchas, fue lo primero que percibió al recobrar los sentidos. Abrió los ojos y se encontró echado en la cubierta del buque, desnudo y envuelto en mantas. Cuatro o cinco hombres le rodeaban. Uno de ellos le reconocía los miembros por si había alguno roto y otro le obligaba a ingerir un fuerte y reconfortante licor casi hirviente. Román permaneció en silencio unos minutos coordinando sus ideas. *«¿Quién es usted?, ¿quién es usted?»*, le preguntaban.

—Monteri... Guido Monteri —respondió, y en seguida le acudieron en tropel un cúmulo de pensamientos. Estaba desnudo. ¿Le habrían visto el número marcado en su espalda? ¿Y sus ropas, con sus papeles y documentos? ¿Y su precioso aparato de rayos calóricos? ¿Y... el falso noruego?

Se levantó Román envuelto en la manta y dirigió casi todas estas preguntas a sus salvadores.

—Tenga calma, señor. Su compañero también ha sido rescatado sin daños.

—¿Dónde está?

—Ahí... —el marinero se quedó señalando un punto y miró inquisitivo —. ¿No estaba aquí ese hombre?

En la cubierta no había nadie además del grupo que formaban el náufrago y toda la tripulación, menos el timonel y el cocinero, que se hallaban en sus puestos.

—¡Búsquenle, por Dios! —gritó Román, acuciando a los asombrados marineros—. ¡Y denme ropas y mis cosas...! ¡Oh! —acabó en un desesperado gemido.

Tres, hombres se separaron para averiguar el paradero del segundo náufrago, cuando éste apareció por el sollado tranquilo y sonriente, vestido y con su bolsa al hombro cual si nada le hubiese ocurrido.

—¿Qué sucede, señores? ¡Ah, mi pobre amigo!

—¡Atrás, mentiroso, maldito, asesino! —chilló Román.

—No te excites, amigo. ¿Has perdido la cabeza?

Un marino trajo ropas secas —zapatos y calcetines, un pantalón, una gruesa camiseta azul y un chaquetón—, y Román vistióse rápidamente.

—Esto es todo lo que guardabas en tus bolsillos —dijo solícito Fivras Taylor, tendiendo a su compañero unos papeles mojados y doblados y un monedero. Román le arrebató sus pertenencias, miró si faltaba algo y se lo hundió todo en uno de los amplios bolsillos del chaquetón marinero.

—Perdónenle, señores, está fuera de sí —rogó Fivras, y arrastró a Román hacia unos rollos de cuerdas donde le obligó a tomar asiento a su lado.

—¿Necesitan algo más de momento? —inquirió el capitán.

—No, señor, gracias:

—Si lo desean lanzaremos un radio; pero dentro de unas horas llegaremos a destino, Marsella.

—Esperaremos a entonces, señor. No existe urgencia.

Retiróse el capitán y la expresión de Fivras Taylor cambió apenas quedó solo con Román. Su tono era cortante, seco, preciso, imperioso y duro como jamás el zarandeado físico del Observatorio hubiera oído en su vida.

—Escúcheme bien, Guido Monteri, o como se llame o quien sea, que no me importa. Ya ha visto que dispongo de poderes muy superiores para conseguir lo que desee, y no ha conocido sino una pequeña parte de ellos. Habrá adivinado que no soy un delincuente, ni siquiera un hombre con cualquier misión vulgar. No pienso excusarme por lo del avión. Lo juzgué innecesario y me pareció bien suprimirlo. Ha tenido usted mucha suerte y yo más experiencia, y me alegro, porque he pensado que todavía me puede ser útil si accede a seguir conmigo y a mi servicio. Fíjese, puedo premiar su lealtad y ayuda con riquezas incalculables, o eliminarlo en un segundo. Elija ahora mismo. Próxima la madrugada desembarcaremos en Marsella, usted y yo, o yo solo. Le doy cinco minutos para decidirse.

—¿Usted quién es y qué pretende? ¿De dónde ha venido?

—Espero una respuesta, no unas preguntas que no he de contestarle.

—Pero yo he de saber...

—Usted no tiene por qué saber nada más aparte de lo que le he dicho.

—¡Carece usted de sentimientos, quienquiera que sea! ¡Es usted un monstruo!

Fivras Taylor asió a Román de un brazo y lo retuvo a su lado.

—Basta. No grite o le entenderé sus necedades como una negativa.

El infeliz fugitivo de Fort Académie se ocultó la cara entre las manos. No podía, de ningún modo, exponerse a morir dejando en libertad de acción al fatídico personaje llegado, quizá, del Astro Sintético. Porque ¿de dónde iba a proceder, sino, aquel maldito ser sin conciencia y sin miedo y poseedor de una técnica extraterrena y alucinante?

—Han transcurrido cuatro minutos —avisó con amenazadora suavidad la terrible voz—. ¿Accede?

—Sí, accedo—dijo Román en un susurro.

—De acuerdo. No trate de oponerse, de ahora en adelante, a lo que yo

haga, sea lo que sea. Emplee su pensamiento exclusivamente en interpretar bien lo que yo le mande.

Román permaneció silencioso.

—¿Ha entendido bien?

Asintió el hombre de la Tierra con un movimiento de cabeza. A toda costa había de ganar tiempo. Distinto sería en Marsella cuando, sin ir más lejos, las autoridades portuarias recibieran el correspondiente informe del capitán del barco.

Pero todo lo tenía previsto aquel demonio de los espacios siderales, y todo a cambio de vidas humanas las cuales para él no tenían ningún valor. El pequeño y viejo mercante salvador, con toda su tripulación, estaba condenado. Fivras Taylor no quería que nadie pudiera dar cuenta de su arribo a Europa, y muy especialmente a Marsella. Así, decidió que el barco no debería llegar ya a puerto alguno y dispuso la llegada a tierra de él y su servidor solamente. Ya lo dijo a Román a su tiempo: «Usted y yo, o yo solo.»

De todas formas, en esta nueva hazaña siniestra del hombre de Prometeus no intervino su ocasional y forzado cómplice terrícola. No lo sospechó siquiera. Román Garcés no tuvo conocimientos del criminal propósito hasta segundos antes de ser consumado. Recibió orden de esperar en un punto de estribor manteniendo oculto uno de los botes neumáticos a motor de los existentes en cubierta y creyó que la intención de Fivras sería huir amparados en la oscuridad para alcanzar la costa de modo furtivo, burlando así las formalidades oficiales. Y de eso se trataba en principio. A la vista ya de las luces del puerto, Fivras Taylor surgió a su lado y le ayudó a botar al agua la ligerísima y diminuta embarcación, inflada en breves minutos. Bogaron con las paletas un poco para contrarrestar la succión de la hélice y el motor comenzó a zumbar muy suavemente, pero lo preciso para que el hombre de guardia lanzara una voz. Fivras no se inmutó lo más mínimo. Exigió toda la velocidad posible, indicando a Román, que conocía el amplísimo puerto y sus aledaños, que escogiera el más conveniente punto de arribada.

—Darán la alarma. Nos buscarán los guardacostas patrulleros —advirtió.

—No tendrán tiempo —le tranquilizó Taylor, fijos sus ojos fríos, amarillentos y chispeantes en la negra masa del mercante, ya alejado a más de trescientos metros del bote neumático.

Y, en efecto, no lo tuvieron. Un resplandor fugaz iluminó vivamente su silueta y el casco crujió horrorosamente y se abrió en dos como una nuez. Las bandas de babor y estribor separáronse con inaudita violencia rasando la quilla y la cubierta y haciendo surgir al aire, entre llamas, las cuadernas rotas y un caos de hierros, maderas, mercancías y cuerpos humanos que velaron las sombras. El sollado, entero, cayó a plomo en el mar y encima los restos del casco y los palos. Las revueltas aguas lo cubrieron todo en muy pocos minutos. La catástrofe había sido completa y casi instantánea. Y la distancia y la oscuridad fueron borrando todo signo de la tragedia.

Pálido, boquiabierto, con los ojos desorbitados, Román Garcés presenció

el horrible suceso sin apenas darse cuenta de todo su tremendo dramatismo. Como si asistiera soñando a un espectáculo increíble. Luego, despacio, volvió la vista hacia el hombre del Astro Sintético.

—¿Hubiera preferido que dentro de media hora la policía nos estuviera buscando por toda esa ciudad? —fue, a modo de justificación, el comentario único de Fivras Taylor.

A Román le temblaban los labios y le pugnaban por saltar los dedos crispados hacia el cuello del monstruo.

—¿Va usted a ir por el mundo dejando a su paso un rastro de destrucción y de sangre ? —exclamó roncamente.

—No debiera sorprenderse —replicó el hombre de Prometeus—. Ustedes, que siempre están envueltos en guerras, hacen estas cosas con bastante frecuencia y naturalidad y se cubren por ello de honores y de glorias.

Pero Román Garcés no estaba para diálogos ni razonamientos. Se abalanzó contra Fivras Taylor, quien sorprendido por el súbito ataque no pudo esgrimir ninguna de sus fantásticas armas, y ambos perdieron el difícil equilibrio que habían de guardar en la frágil y ligera embarcación neumática.

Hubo un sordo chapoteo y el agua se cerró sobre sus cabezas. Forcejearon a una profundidad incierta y oscura y pronto, privados de aire, hubieron de atender por instinto a la propia conservación. Cuando cada uno por un lado surgieron al nivel del mar, un buque de bajísima borda y muy rápido patrullaba por las cercanías del lugar de la tragedia iluminando grandes zonas con la luz blanca de sus potentes reflectores.

Mucho más cerca y en opuesta dirección, Román vio las mortecinas luces de un sucio embarcadero. Sintió frío y cansancio y tras buscar inútilmente el bote neumático dirigióse en recta hacia los pontones indicados por el romper de las negras ondas.

Este último esfuerzo acabó de agotarle, y aunque el monstruo de otro mundo parecía haber sido tragado de nuevo por el mar deseó de todo corazón que no le descubriera en el momento en que engarfiaba sus dedos en los húmedos y resbaladizos maderos de aquel apartado y solitario rincón del puerto marsellés.

CAPITULO VI

El hombre marcado


ra una triste noche sin luna y, además, una leve neblina habíase abatido sobre la ciudad y sus alrededores. La auxiliar de microfilms del
equipo del doctor Lacombe, del Observatorio de Marsella, regresó a su apartamento de la Avenida de Jardines, cansada, cabizbaja y silenciosa, sin su peculiar alegría, como ya le era habitual desde los días del sorprendente juicio seguido contra su compañero Garcés, el físico español descubierto como agente de los habitantes del Astro Sintético

Pola Patti arrojó sobre un sillón su sombrerito verdoso y se arregló maquinalmente las ondas de su cabellera negra que conservaba larga y sedosa, recogida detrás, reacia en adoptar la modalidad tan práctica de cortarse el pelo como un colegial. Su compañera de apartamento; la señora Westhouse, de los servicios administrativos, la contempló sin decir nada. Sabía ya que todos sus consejos y solicitudes eran de una completa nulidad. La joven italiana languidecía a ojos vista, y no por la sola razón (de ello estaba la experta señora Westhouse muy segura) de haber perdido al paliducho español. A Pola Patti le ocurría algo más. Algo que, consumiéndola, esforzábase por mantener en el mayor secreto. Ya les quedaba, de todas formas, poco tiempo de vivir juntas. Pola Patti iba a ser trasladada a otro pabellón residencial más cercano al edificio del Observatorio, pues el doctor Yves de Lacombe había decidido tener más próximos a todos los componentes de su equipo de investigación.

—En el frigorífico te he dejado tu cena, muchacha —dijo la señora Westhouse, ya embutida en su camisón de dormir—. A ver si por fin esta noche comes algo.

—Muy bien, gracias. Buenas noches —respondió Pola. Y conectó una emisora de televisión mientras comía con desgana, interrumpió después la emisión, y tras intentar en vano leer una revista fuése a su dormitorio y se quedó contemplando por la ventana del jardín la negra noche.

La niebla se quebraba ahora en grandes jirones y en trechos veíanse las estrellas. El amenazador astro artificial no estaba visible. Dábale igual a Pola Patti. Lo tenía siempre tan presente, que era su obsesión y su infortunio. Por cobardía y debilidad hubo de trabajar en pro de los agentes subterráneos de Prometeus y ahora era tarde para rectificar. Tarde e inútil. Habíanle prometido —y eso únicamente mantenía su ánimo—, que libertarían de su cárcel infernal a Román Garcés pronto, aunque en una fecha muy indeterminada. El infeliz prisionero de Fort Académie, cuando se reintegrara a su vida normal, no

estaría ya enfrentado a nadie ni a nada, porque entonces los hombres del Astro Sintético serían los dueños de la Tierra. Y siempre quedaría tiempo para que Román y Pola pudieran ser felices. ¿Siempre? ¿Cuándo? Las estrellas permanecían mudas. Y el mundo. Y Hank Hadler, única persona conocida por ella como agente real de los seres extraños y a través del cual recibía instrucciones y secretas esperanzas. Muchos días llegaba Hadler más hermético y misterioso que de costumbre. «*Hoy mismo aparecía intensamente preocupado* —recordó Pola—. *Algo grave ha debido ocurrir. Hace casi un mes que cuando inquiero nuevas del caso de Román me responde con un cortés gruñido. También el doctor Lacombe, por otra parte, me ha preguntado reservadamente si Román, con quien sabe conversaba yo con frecuencia de temas personales, hablaba algo sobre no sé qué raras investigaciones científicas. Nunca ha descendido el doctor Lacombe a interesarse por las relaciones particulares entre sus auxiliares, y el nombre de Román, desde su desgraciado suceso, quedó borrado oficialmente hasta de la memoria de sus amigos y colegas. ¿Por qué, ahora, se han interesado por él y por sus trabajos?...*»

La joven siempre se perdía en sus elucubraciones y cábalas y aquella noche, tras contemplar durante más de una hora las estrellas le sucedía igual. Se acostó y no pudo conciliar el sueño. Algo inexplicable la atormentaba. Hadler, Román, los hombres del Astro Sintético, los misteriosos agentes, la inminente guerra, todo cobraba una intensidad desacostumbrada en su cerebro agobiado. Era como si presintiera que algo estaba sucediendo en aquellos precisos instantes, algo en que Román estaba envuelto... Y así se durmió.

Despertóse de pronto sobresaltada, con la idea tenaz de haber dejado abierta la ventana. Esto no era nada alarmante, de todos modos, pues así quedaba siempre en verano. Ahora no tenía la acción más peligro que el de hacer inútil la calefacción, porque tampoco existía ya, aunque la altura fuera ínfima sobre el jardín, probabilidad alguna de que penetrara un ladrón como en las épocas pasadas. El vano de la ventana abierta sobre el cielo del cercano alba, sin embargo, alucinó a Pola Patti, que se incorporó con los ojos muy abiertos, ¡y vio la silueta negra de un hombre que silenciosamente se erguía en el alféizar y saltaba dentro de su habitación!

Su grito de terror quedó ahogado por el extremo de almohada que el hombre, rápido, le dobló sobre la cara.

—Soy yo, Román Garcés... No te asustes—susurró la sombra.

Y Pola sintió en sus hombros y sus brazos unas manos grandes y ásperas que la oprimían con fuerza y suavidad a un tiempo. Un rostro barbudo y mojado apoyóse en su frente y Pola Patti, feliz, rompió a llorar silenciosamente con un llanto nuevo y reparador.

—Nadie sabe que estoy aquí, Pola, ni siquiera que estoy en Europa. ¿Podrás esconderme un día o dos?

—Siempre, Román, si pudiera. Pero... estás empapado.

—Sí, he llegado a Marsella a nado, hace casi dos horas.

Pola saltó de la cama y se puso una bata, cerró ventana y persianas y llevó a Román al cuarto de baño, y entonces se detuvo indecisa y nerviosa.

—¿Qué ropas podrás ponerte? Nada de lo mío te puede servir.

—No sé, eso es lo de menos. Estas que traigo se secarán.

—¡Ya está! —exclamó la joven como si hubiera hallado una solución—. Entra ahí mientras y desnúdate —y salió diligente del dormitorio. A los cinco minutos volvió, y por la puerta entreabierta fue arrojando prendas y útiles conseguidos en el vestuario particular de la señora Westhouse. Era un equipo completo de deportes de invierno a falta sólo de los «skies», todo lo cual ya su propietaria no usaba desde dos temporadas. Los pantalones le venían algo cortos a Román, pero el resto del atuendo le sirvió a la perfección. Pola trajo hasta una máquina de afeitar que la señora Westhouse usaba para su complicado maquillaje, lo cual le fue al intruso de gran utilidad.

Con los restos de la cena y otros platos que encontró en el frigorífico común, Pola dispuso un suculento desayuno. Sólo mucho más tarde dióse cuenta de que tendría que inventar una difícil explicación destinada a la señora Westhouse. De momento sólo atendió a Román y a las cosas maravillosas y terribles que sin orden éste le iba contando.

—Si te capturan de nuevo... O los otros... —observó la muchacha angustiada—. ¿Qué piensas hacer?

—No sé. Si pudiera entrevistarme en secreto con el doctor Lacombe...

—Antes que él, te verían cien personas al menos, y te detendrían.

—Sí, es cierto.

Pola se puso de pie, decidida.

—No saigas ni te asomes. Voy a traer aquí al doctor Lacombe.

—¡Chica! ¿Cómo demonios vas a hacer eso?

—No lo sé aún, pero no hay otra solución.

Román no dijo nada y la auxiliar de microfilms comenzó a preparar sus ropas de calle con una diligencia asombrosa.

—Contempla el cuadro aquel hasta que te avise —pidió, señalando una gran fotografía en relieve de un paisaje de los Alpes italianos.

Obedeció Román, yendo dócilmente a examinar el cuadro como si padeciera una gran miopía. Vistióse mientras la joven por completo, y hasta con especial cuidado, y tras numerosas recomendaciones salió en la busca del doctor Yves de Lacombe.

—No te impacientes si tardo—dijo en el umbral—. No pienso volver sin él.

Román quedóse unos minutos pensando en lo adorable que era aquella muchacha, pero en seguida sus propias circunstancias personales y las del mundo, con el monstruo de Prometeus allí y en libertad, lo turbaron sus bellas ideas, antiguas y eternas como la Humanidad. Se dedicó a observar por distraerse los objetos que adornaban la sencilla y bonita vivienda de Pola, sus libros de estudio, su elegante mobiliario. No quiso conectar el receptor de televisión ni encender luces y, llevado de su natural curiosidad, recorrió con la

vista las instalaciones termoeléctricas y acústicas. De pronto, algo le llamó la atención. Algo que no era habitual en un apartamento puramente doméstico. Era un punto vítreo en la pared, frente a la cama, disimulado junto a unas florecillas figuradas en el estuco cerca del techo; como un pequeño botón de no más de cinco milímetros de diámetro, pero al que un rayo de sol que filtróse por una rendija de la persiana le hizo lanzar un leve y fugaz reflejo que hubiera pasado inadvertido para ojos profanos.

Alcanzó una silla el investigador y subióse para analizar mejor el extraño punto, aunque aun así quedara éste muy sobre su cabeza. Pero fue bastante. De un salto llegóse al cuarto de baño, de donde retornó con un trozo de jabón con el cual cubrió ampliamente el circulillo. Porque aquello podía ser, y lo era en realidad, un microvisófono dispuesto para mantener una continua vigilancia en el interior del apartamento de Pola Patti.

¡Así, su estancia allí, para alguien, no era ya un secreto! ¡Habían tenido todo el tiempo unos desconocidos testigos de vista y oído!

Román volvió a cambiarse las ropas exteriores que vestía por las de marinero, que habíanse secado en la calefacción, y levantó la persiana unos centímetros. Allí estableció un improvisado puesto de vigía para huir al inmediato y frondoso jardín cuando fuera preciso. Y no se hizo esperar el momento. Un silencioso bólido automóvil con matrícula del Observatorio se detuvo al bordillo de la calzada y de él descendieron cuatro hombres. Uno de ellos era el profesor Hank Hadler. Se oyeron voces quedas en la entrada de la casa. Una mujer, la señora Westhouse probablemente guió a los visitantes hasta el apartamento de Pola.

El perseguido había alzado ya la persiana y abierto la cristalera lo suficiente para dejar paso a su cuerpo. Saltó rápido y se ocultó en la fronda, e inmediatamente dos de aquellos hombres surgieron expectantes en el jardín.

—Habremos de utilizar los detectores —dijo uno.

—Vaya por ellos.

El que primero hablara se dirigió al bólido y Román, que temía sobremanera a las traidoras aunque no mortales armas usadas por ellos, decidió alejarse antes de afrontar nuevos y mayores riesgos. Agachado corrió oculto por los más densos parterres y después, a un centenar de metros ya, levantóse para intentar llegar a la avenida paralela, donde con un poco de suerte podría subir a uno de los ómnibus del servicio público interior.

Sin correr para no despertar sospechas volvió la fachada opuesta del próximo edificio y allí vio a otros dos hombres en actitud vigilante. En aquella temprana hora del día sólo circulaban muy pocas personas en marcha hacia sus ocupaciones. Román podía ser una de ellas y así, puesto que ya no podía retroceder, prosiguió su paso rápido e indiferente. Aquellos hombres le miraron sin hacer movimiento alguno. Lejos venía un autobús y Román emprendió una carrera para saltar a él en una próxima parada del trayecto. Y no pudo oír lo que uno de los hombres comentó con su compañero.

—Ese no es; debe ir vestido con equipo invernal de montaña.

Acomodado en su asiento, Román pensó que, puesto su presencia allí era conocida por los enemigos, nada perdería con hacerla conocer también a los amigos. A uno sólo, al joven Reeves. Porque entre otras cosas necesitaba con urgencia un traje más vulgar y Reeves podría facilitárselo. En su atuendo marinero sería buscado muy pronto afanosamente por toda el área del Observatorio, y ya hasta podía ser tarde para acudir a un comercio de ropas. La casa de Juan Reeves no estaba lejos y quizá podría todavía hallarle allí.

No fue así. Reeves estaba ausente, pero Román llegó sin dificultad hasta su apartamento y lo encontró abierto. No hubo nadie en el ascensor. Por el pasillo trajinaban unas mujeres de limpieza con grandes aspiradores de polvo y papeles. Saludó Román y sin más penetró en el vestuario de su amigo y escogió uno de sus trajes. Según las costumbres de cincuenta años atrás no más, ello hubiera sido muy alarmante, pero ahora y en el Observatorio carecía de la menor importancia. Además, había muy pocas probabilidades de que las limpiadoras conocieran personalmente a los moradores de cada vivienda dentro de un edificio de treinta plantas y mil quinientos apartamentos independientes. Nadie, por supuesto, iba a pensar en robar un traje ni otro cualquier útil doméstico.

Así Román Garcés, quince minutos más tarde, hallóse convertido en un transeúnte desconocido y pensando en el estado de las gestiones de Pola para llevar a su allanada casa al doctor Lacombe. Y pensando también, y con igual ansiedad, dónde y cuándo podría dormir unas horas, porque desde su breve letargo en el oruga allá en Arabia, dos noches antes, no había vuelto a cerrar los ojos para entregarse al sueño.

«Si Hadler y sus compinches se han marchado ya, defraudados, del apartamento de Pola —se le ocurrió—*, éste será por unas horas el lugar más seguro de toda Francia. Y allí hay una cama, y allí es donde habrá de llegar el doctor Lacombe. Porque Pola Patti le llevará a rastras, sin duda alguna.»*

Román tomó de nuevo un autobús hasta la Avenida de Jardines y a cierta distancia de la casa de. Pola lo dejó para seguir, cautelosamente, a pie.



En tanto abandonó Pola desalentada la casa del doctor Yves de Lacombe. Aquella noche no había acudido allí el prohombre, como tantas en que permanecía absorbido por sus trabajos de investigación, viajes o conferencias. Al equipo del Observatorio ya había telefoneado y le dijeron que allí tampoco se encontraba. En viajes fuera de Marsella no se hallaba a la sazón, por lo cual la joven prosiguió sus pesquisas. Al fin supo a través de solícitos compañeros que el doctor había sido llamado a últimas horas de la noche a una reunión de científicos y militares que tenía lugar en una base naval de las afueras de la ciudad, pero allí sería imposible verle ni hablarle, entre otras razones porque sin un salvoconducto especial no había medio de acercarse a la zona circundante del terreno de pruebas. No sería posible sacar de allí al doctor

aunque éste se mostrara dispuesto a salir, y la reunión podría durar todavía muchas horas. Según le informaron con bastante reserva, era una reunión de suma importancia para los próximos días que al mundo le tocaba vivir. Altos jefes militares, políticos y sabios de distintas nacionalidades habíanse juntado para decidir, quizá, un trágico futuro, y mientras tanto el hombre marcado, paladín de la Tierra y su Humanidad había de esconderse como un despreciable forajido.

—¡Pues iré!—se dijo la audaz muchacha.

Y tomó en un aparcamiento de alquiler cercano un bólido automóvil, pero al sentarse al volante, como era costumbre, el funcionario cobrador se le acercó sonriente.

—Son diez francos, señorita. Cinco por el tiempo y otros cinco en depósito para responder a posibles desperfectos.

—Sí, perdone... —se rebuscó Pola nerviosamente en los bolsillos y halló que no portaba tanto dinero.[1]

—¡Oh, qué contrariedad, sin tiempo...! —se quejó—. He decidido el viaje de momento y no llevo bastante encima. Iré a casa...

El funcionario, haciéndose cargo de la sinceridad y justo desconcierto de la joven llamó a un chico de los que allí aprendían, ayudando, la mécanica de los bólidos.

—Si quiere, este chico se llega con usted y cobra el boleto. Así no perderá tiempo. El regresará aquí en ómnibus.

Aceptó agradecida Pola y con el muchacho al lado tomó el camino de la Avenida de Jardines. En pocos minutos enfiló la recta y larga calzada bordeada de pequeñas casas, árboles y breves parques multicolores y aromáticos.

Como de costumbre en aquella zona residencial, no estaba muy frecuentada la avenida. Las anchas aceras aparecían casi desiertas. Aún era temprano para que los niños, principales usuarios de los jardines, pulularan dados a sus juegos. Un hombre solitario que caminaba despacio, al pasar el bólido, comenzó de pronto a gesticular, según dijo el chico acompañante de Pola.

—Viene corriendo, señorita —dijo de nuevo mirando el retrovisor.

La joven miró también y vio correr hacia ellos un hombre vestido con un sencillo y elegante traje de tonalidad gris. Aceleró la velocidad del vehículo y el hombre quedóse muy atrás. Ya estaban frente a su apartamento. Un rápido y silencioso frenazo, y Pola y el chico saltaron a la acera.

—Todavía viene ese hombre —exclamó sorprendido el chico.

En efecto, el tranquilo peatón de antes acercábase a toda la velocidad de sus largas piernas. Asustóse Pola, y entonces surgió de la casa otro desconocido, éste último armado con una grande y extraña pistola con el cañón en forma de trompeta.

—¡Al bólido! ¡Vuelve al bólido, Pola! —gritó el que venía corriendo, y su voz tuvo la virtud de acabar con el desconcierto de la joven, que se

introdujo rápida en el lugar del volante arrastrando tras sí al boquiabierto muchacho.

Hubo un chasquido y un fragor como de algo al quebrarse, un golpe, una desesperada maldición, pasos fuertes y ligeros, voces. El hombre que salió de la casa volvióse en una rara actitud, con los brazos abiertos y los puños cerrados y una expresión de estupor y de ira en su semblante congestionado.

—¡El otro le ha tirado un hierro y le ha roto la pistola! —chilló el chico —. ¡Ya llega! ¡Uf...!

Román Garcés, pues él era el del traje gris, arremetió contra el desconocido sin cesar en su carrera y de un potente puñetazo en la cara lo envió dando traspiés a gran distancia. Y sin detenerse, entró como una exhalación en el bólido pidiéndole a Pola que arrancara.

Partió el automóvil a toda velocidad y entonces otro individuo apareció en la acera, armado también, pero ya todo perdióse en la lejanía. Otros vehículos se atravesaron detrás.

Todavía prosiguió Pola llevando el bólido velozmente a lo largo de varias avenidas y calles hasta detenerlo en una plaza apartada, donde había la farola luminosa de fin de trayecto de los autobuses del Observatorio.

—¿Tienes ahí dinero, Román ?

—Sí, un poco —jadeaba todavía el fugitivo—. Unos treinta francos.

—Dale quince a este niño y que suba a un ómnibus.

—Son diez el importe del boleto, señorita —advirtió el chico.

—Para ti el resto, por el susto. Pero no cuentes nada a nadie...

Cuando quedaron solos Pola reanudó la marcha.

—¿Adónde vamos? —inquirió Román.

—A ver al doctor Lacombe. Mejor dicho, a intentar verlo como sea.

—¿Dónde está?

—Y tú, ¿dónde has estado?

Se contaron sus aventuras de las últimas horas. De lo que más orgulloso se mostraba Román era de su certero golpe al arma del agente de los habitantes de Prometeus. Sabía entonces que el juego habría de decidirlo en un instante y no halló en su carrera otra cosa ofensiva que el pesado disco metálico que como tapadera tenían las boquillas de riego de los jardines. Y él, en la Universidad, años antes, conquistó en las competiciones deportivas algunos premios por su destreza en el lanzamiento de discos a la antiquísima usanza. Y he aquí que, por inmensa suerte, conservaba su pericia en tan arcaico e inefable menester.

—¡Cómo iba yo a pensar que aquel caballero trotón fueras tú! —protestó la joven—. Con lo fácil que hubiese sido recogerte antes de llegar a la casa...

—Bien, ya estamos aquí. Ahora sólo queda pensar en llegar hasta ese demonio de doctor Lacombe..., quién sabe para qué.

Por la ancha y recta autopista el bólido alcanzó una media de 320 kilómetros hora. Al final el hombre marcado se hizo del volante y así dieron fin al resto del viaje por el camino costero del oeste, y en una, bifurcación fue

escogida la carretera prohibida. A los pocos centenares de metros encontraron el primer puesto militar y allí fueron detenidos e invitados a volverse.

—No hemos venido para eso —dijo Román—. Hemos de hablar con el doctor Yves de Lacombe, del Observatorio de Marsella, que sabemos está aquí. Se trata de un asunto importantísimo y muy urgente.

—Lo sentimos, tenemos orden terminante de no interrumpir por ningún motivo la labor de los jefes —repuso el oficial de servicio.

—Esa labor puede precisar mucho de nuestra visita, señor —intervino Pola—. Consulte, al menos, con sus superiores.

El oficial se puso en contacto por televisófono con el cuerpo de guardia central y la respuesta fue también negativa. Pola solicitó hablar con el jefe mayor y agotó los razonamientos. Finalmente sólo pudo conseguir de su obstinación que transmitieran para el doctor Lacombe un mensaje grabado de seis palabras, pero a reserva de que tal mensaje pudiera llegar o no inmediatamente a manos del doctor, el cual se hallaba en plena discusión con los altos dignatarios llegados de muchos puntos de la Tierra.

La auxiliar de microfilms del observatorio dictó las seis palabras escritas por Román: *«Sensacionales informes Garcés, peligro inminente Prometeus.»*

—Sólo pido que se haga llegar esto sin pérdida de tiempo a conocimiento del doctor Lacombe y los demás reunidos —rogó Pola—. Seguro que recibirá usted orden de llevarnos inmediatamente a presencia de la Asamblea.

No transcurrieron más de diez minutos y el televisófono del puesto avanzado de centinelas rompió a zumbar de modo intermitente, imperioso. El oficial se puso al habla.

—Sí, señor. En seguida —dijo, nada más. Y subió en compañía de dos soldados al bólido ocupado por Pola Patti y Román Garcés.

—Vamos; han ganado ustedes.

Cuando la barra fosforescente se cerró detrás, otros dos automóviles aparecieron raudos por el extremo de entrada de la carretera. Pero frenaron, indecisos al parecer. Quizá se tratara de vulgares viajeros que habían equivocado la ruta.

El hombre marcado apenas se dio cuenta de la presencia de los seguidores, porque ya estaba situado con firmeza en la senda del objetivo tan larga e intensamente anhelado.

CAPITULO VII

La guerra de los sabios

Pueden ustedes contar siempre conmigo y con mi equipo para ayudar a la neutralización de armas ofensivas existentes, no para crear o diseñar nuevos elementos de destrucción más eficientes —expuso Yves de Lacombe violentamente, enojado también por la pérdida de tiempo precioso que según dijo antes estaba sufriendo. Sus intervenciones causaron profundo malestar en un sector de los asambleístas, en especial cuando hizo sarcásticas alusiones a los magníficos y seguros refugios anti radioactivos de que quizá dispondrían algunos de los presentes tras haber cooperado al estallido de una fantástica y horrible conflagración mundial.

El insigne hombre de ciencia podía permitirse estas libertades, porque como él decía orgullosamente, no había nacido para diplomático ni siquiera para politiquillo. Además, su enorme prestigio como científico y como hombre cabal le mantenía a cubierto de ataques o represalias de cualquier índole.

El mariscal Wentzel conocía de antiguo al doctor Lacombe a quien le unía una amistad personal. Esperó a que acabara y se acercó su micrófono con gran parsimonia.

—De todas maneras, doctor Lacombe —dijo—, precisamos algo que pueda atemorizar a nuestros enemigos, aunque con la ayuda de Dios no se nos presente ocasión de hacer uso de ello.

—Sí, mariscal —replicó el sabio con actitud—, ya sé que no desean ustedes armas atómicas, gases, bacterias, proyectiles teledirigidos ni plataformas estratosféricas de lanzamiento. Son todas ellas armas de dos filos, porque el bando contrario también las posee. Ustedes quieren algo nuevo y fulminante y contra lo cual carezcan los otros de escudo.

—Exactamente, doctor.

—Eso únicamente es lo que falta para ir tranquilos a la guerra, ¿verdad? Pues bien, mariscal, aunque yo dispusiera de algo así, no lo pondría jamás en las manos de nadie.

—El Estado le paga para eso.

—El Estado siempre estará en deuda conmigo, señores míos, porque lo que ya he puesto a su disposición a lo largo de treinta años es de un valor material incalculable.

—¡Este viejo Lacombe es irreductible! —rezongó casi en voz alta el secretario de Gobierno de la Confederación Surasiática.

—Yo me pregunto, señores —se levantó el grave profesor Yelius, de la Academia de Ciencias de los países bálticos—, por qué y para qué es preciso desencadenar una guerra entre hombres de la Tierra. No he venido aquí para eso ni mis actividades requieren esas ideas, pero me lo pregunto. Y como yo, se lo preguntan millones de seres humanos.

—¡Los científicos no deben acudir a estas reuniones! —opinó el representante de Oceanía.

Yelius le miró con expresión reprobatoria y continuó:

—Sabemos que, sin ir más lejos en el espacio sideral, los habitantes del Astro Sintético nos acechan. A todos, sin excepción. Y que tienen poder para destruirnos a todos sin discriminación de razas, credos ni ideas, y Dios sabrá por qué no lo han hecho ya. ¿Por qué razón, entonces, derrochamos nuestras energías en autodestruirnos? No puedo remediar en sentir la sensación de que se están riendo de nosotros allá arriba, de que estamos haciendo un trágico y espantoso ridículo en el orden social de las estrellas.

El doctor Yves de Lacombe separóse bruscamente de su sitial y corrió a estrechar la mano del sabio báltico. Otros hombres de ciencia siguieron el ejemplo del francés, y también el general Ruiz Galváo, del bloque Ibérico, lo que causó una enorme expectación en la asamblea.

—Antes de pedir armas nuevas, señores —alzó los brazos el general Ruiz para imponer silencio—, ¿se sabe cuál fue la que usó el joven científico español evadido de Fort Académie? ¿Se sabe qué les ocurrió a las potentes fuerzas francesas de policía destacadas en Arabia? ¿Se sabe, en fin, el paradero de esos dos hombres misteriosos que suponemos agentes del astro artificial Prometeus?

Hubo un pesado silencio. Nadie se atrevió ya a contradecir a los sabios.

Y allá en un rincón de la estancia hubo un leve e inadvertido murmullo entre los operadores del registro telemagnetofónico, y uno de ellos extrajo de su máquina una cartulina con varias palabras grabadas y se acercó respetuosamente al mariscal Wentzel. Este asintió señalando al doctor Lacombe y el operador dirigióse a él para hacerle entrega de la cartulina perforada.

El sabio la leyó tres veces y sus ojos resplandecieron.

—¿Están ahí?—gritó.

—Sí, señor, en el primer puesto de centinelas.

Lacombe saltó materialmente entre sus colegas moviéndose con una rapidez impropia de su cuerpo rechoncho y pesado, se mesó los revueltos pelos grises, torcióse aún más el cuello de su antigua camisa y dijo algo con inusitada vehemencia al mariscal. Este adoptó una rara expresión de sorpresa y dio una orden a su ayudante, que de cuatro zancadas estuvo al lado de los técnicos operadores.

—Señores —anunció el mariscal Wentzel—, se abre ahora mismo una nueva sesión en esta conferencia. Les ruego ocupen sus puestos. Román Garcés, el evadido de Fort Académie buscado en la actualidad por el mundo

entero, está aquí. Ha venido por su voluntad a presentarse al doctor Yves de Lacombe y a nosotros.



Al bajar del bólido, Román Garcés y Pola Patti halláronse en poder de una numerosa fuerza armada. Un grupo de mujeres policías se hicieron cargo de la joven, y ella y Román fueron registrados minuciosamente y desposeídos de todas sus pertenencias, las cuales, en una bandeja, portó un soldado cuando reunidos de nuevo ambos fueron conducidos al salón donde se celebraba la Asamblea de una de las facciones mundiales beligerantes.

Como cerca de un centenar de hombres, muchos de ellos luciendo uniformes militares de la máxima graduación, estaban sentados a una gran mesa semicircular cubierta de planos y documentos. De pie en el centro del semicírculo aguardaba un coronel de la sección jurídica, encargado quizá de dirigir el improvisado interrogatorio.

Los preliminares, aunque breves, fueron tediosos. Verificación de filiaciones personales de Román y Pola, resúmenes de sus actividades profesionales y particulares e informe del caso que llevó al joven auxiliar de Lacombe a su situación de condenado en la penitenciaría de Madagascar. Después se inició por el coronel una serie de preguntas, pero a petición del doctor dejóse a Román que relatara sus aventuras por riguroso orden cronológico y con todo detalle. Previamente les fueron administrados sendos estimulantes a los dos singulares agregados a la conferencia.

Principió Román Garcés su narración en el suceso ocurrido casi un año antes en la sala de fiestas en donde les abordó el profesor Hank Hadler, y la acabó en el momento presente. A lo largo del extenso relato muchos de los oyentes tomaban notas y consultaban con sus asesores. El doctor Lacombe se sumía a veces en cavilaciones, pero la verdad era que todos escuchaban al físico español con atención profunda. El mariscal Wentzel, sin ceder en su interés, enviaba con frecuencia, con secretas y rápidas órdenes, a uno u otro de los ayudantes que tenía en torno y los cuales no cesaban de ir y venir con notas a la mesa de los operadores telemagnetofónicos.

—¿Eso es todo? —preguntó el coronel cuando Román dio fin al largo relato de sus andanzas.

—Todo, señor, aparte de estudios de cualquier determinado detalle.

—Describa lo mejor que pueda a ese hombre que supone llegado del Astro Sintético.

Lo hizo Román, y un dibujante especializado fue trazando un boceto a color que resultó un retrato casi perfecto de Fivras Taylor. El mismo Román tomó los útiles de pintar y dióle unos toques finales a la obra artístico-policíaca.

—¿Así, Garcés —inquirió el doctor Lacombe—, perdió usted el aparato de rayos calóricos al caer al mar en el sillón-paracaídas ?

—Creo que no llegué a recogerlo, señor. Cayó al mar con el avión.

—¿Podría indicar el punto exacto del naufragio ? —preguntó Wentzel.

—Más fácil me sería construir otra máquina de rayos. Tengo anotados los datos básicos en el documento de identidad de Guido Monteri.

El mariscal examinó de nuevo los viejos y destrozados papeles que tenía delante, en la bandeja, y receloso y desconcertado miró a Román.

—No creo que pueda desentrañar ahí nada otra persona que no sea yo, señor —dijo éste—. Ni siquiera el hombre de Prometeus, que en el barco registró mis papeles, habrá podido averiguar ni sospechar algo.

Lacombe acercóse al mariscal para examinar también los documentos con sus ojillos profundísimos e inquietos y Román permitióse una sonrisa antes de explicar:

—Están tan deteriorados y manchados, que apenas se notan las letras y cifras marcadas con un punto de jugo de dátil. Hay varios procedimientos químicos para colorear estos puntos. Y los signos marcados, con ayuda de una sencilla clave mental ideada por mí en el desierto, dan las fórmulas principales.

Un murmullo de aprobación se alzó entre los asistentes. Cada uno pugnaba por hacerle preguntas a Román, pero el mariscal impuso silencio.

—Calma, señores. Hemos de oír antes a la señorita Pola Patti.

La declaración de Pola fue mucho más breve. Aparte de testificar, en la parte que ella había tomado, la de su compañero, sólo se le exigió un severo y detallado informe en lo referente a sus actividades como agente al servicio de la organización aliada a los seres extraterrestres.

—Únicamente facilitaba al profesor Hadler algunas copias que me pedía de microfilms determinados —confesó la joven italiana—. Pero de todas formas, como auxiliar de archivos, tendría que habérselos dado como a otro cualquier profesor de Observatorio que me lo hubiese solicitado para sus trabajos. En realidad creo que mis servicios no les eran precisos a esos hombres, pero así me tenían en sus manos. Desde el principio yo no fui destinada más que a ser un lazo conque atar mejor a Román Garcés, que era la persona que realmente necesitaban; lo cual queda probado por el hecho de disponer en mi apartamento un microvisófono secreto. Ellos sabían que Garcés, al estar libre de su prisión y mientras no fuese capturado, al único lugar a donde habría de acudir en petición de ayuda segura o escondite, era a mi casa..., a mí.

Román fue de nuevo asaeteado a preguntas, pero el mariscal lo prohibió.

—Han hecho ustedes muy bien en venir aquí directamente —dijo después a los dos valerosos jóvenes—. Así se han evitado dilaciones y peligros, pero han de saber que esto que hemos hecho aquí no ha sido un proceso ni un juicio. Ahora tendrán que responder a las autoridades, pero en eso tomaremos parte nosotros también.

—¿Somos libres entonces, señor? —quiso saber Pola Patti.

—Usted, no, señorita. Usted queda detenida e incomunicada desde este

momento, pero no se preocupe por su suerte. Si en verdad es inocente, se demostrará. Usted, Román Garcés, ha de trabajar con el doctor Yves de Lacombe. El responderá de usted en todo instante. El, y las fuerzas del ejército que ya han ocupado el Observatorio. Cuando sea usted absuelto por los trámites oficiales, tendré mucho gusto en felicitarle en nombre mío y en el de todos.

Pola echóse llorando en el hombro de Román y unos agentes femeninos vinieron y se la llevaron. Un oficial y cuatro soldados escoltaron al joven científico aventurero para hacer entrega de él al doctor Yves de Lacombe.

—Bien, señores —encaróse el mariscal con los reunidos—, estimo que se impone un largo compás de espera. Vamos de momento a dejar la guerra en manos de los sabios. ¿Son ustedes conformes, o se procede a una votación?

No hubo necesidad de apelar a tan viejo y desacreditado sistema. La razón es única y entre hombres de buena voluntad impera siempre. La sesión fue levantada y había un alegre brillo en las pupilas de los hombres. Los sabios estaban tranquilos y confiados, porque para ellos la guerra no era un problema.

—No habrá guerra, simplemente —fue en resumen el comentario del profesor Yelius a los cronistas de los periódicos televisados del mundo entero.



Román Garcés halló cambiado el ambiente en toda la zona del Observatorio. A él mismo le resultaba extraño oírse llamar por su nombre y moverse entre sus colegas y amigos sin temor. El profesor Hank Hadler y algunos otros habían desaparecido y eran buscados por la policía y agentes de espionaje. La depuración iniciada entre el personal les obligó a huir. Todos los puntos del Observatorio —avenidas, calles, centros de experimentación y estudios, estaban vigilados por discretas y potentes fuerzas del ejército, las cuales mantenían un severo control aunque sin intervenir ni molestar en la labor de los científicos. Aviones de reconocimiento patrullaban sin interrupción cubriendo el espacio aéreo y un satélite artificial «recibió orden» de transmitir cualquier hecho anormal observado en las más altas capas de la atmósfera. Hasta se estableció una cadena de intensa vigilancia de Prometeus por una serie de observatorios astronómicos terrestres, pues el situado en la Luna, por razón de las interferencias de la Tierra, sufría largos períodos de invisibilidad del Astro Sintético.

Con los grandes medios técnicos puestos a su disposición y el auxilio de un equipo especial encabezado por el propio doctor Lacombe, Román Garcés realizó pronto una segunda y corregidísima edición de su fantástico productor-amplificador de rayos calóricos. Sin haberlo pensado en un principio, como suele ocurrir con los descubrimientos científicos, había dado un tremendo paso para el conocimiento y manejo humano —para bien y para mal—, de los misteriosos rayos cósmicos. La estructura corpuscular de la luz, su

desintegración esencial y sus manifestaciones ondulares, en manos de Garcés, convirtiéronse en una fuente de enseñanzas y experiencias que el hombre jamás pudo soñar siquiera en el pasado y cercano aún siglo XX, el siglo de la iniciación de la Era Atómica y del Cosmos.

Pero Román, Lacombe y sus colegas y colaboradores no tenían ahora solamente la misión de investigar e inventar. Habían de cuidar del mundo, de hacer la guerra. Una guerra defensiva y constructiva. Una guerra, justa. Y en esta faceta era también Román Garcés uno de los principales cerebros. «Protagonista obligado», se llamaba él. Tenía conciencia de su responsabilidad, y no cesaba de preguntarse qué habría sido del monstruo del Astro Sintético. En cada momento esperaba recibir indicios suyos o de sus desmanes. Pocos instantes vivía sin aguardarlo...

Y en uno de ellos, precisamente, Fivras Taylor dio fe de existencia.

Cuatro submarinos acorazados de propulsión atómica que se hallaban en la superficie en su base de Tolón, estallaron y se hundieron en ocasión de pasar por las cercanías otros dos, japoneses, En una base aérea inglesa fueron destruidas en tierra dos escuadrillas de cohetes, al parecer por un proyectil teledirigido de tan enorme velocidad y radio de acción que no pudo ser detectado por las instalaciones costeras. Otros sucesos similares tuvieron lugar en diferentes puntos de África y Europa, y los Estados respectivos se cruzaron notas muy subidas de tono. Los sabios coaligados de cada uno de los países y bloques afectados frenaron decisiones violentas de sus gobiernos. Todo ello ocurrió en el mismo día, y a última hora la mano oculta del hombre de Prometeus fue denunciada por Román Garcés acallando así, por el momento, las airadas protestas de los mandos militares.

—El control de la situación se nos va a ir de las manos —quejóse aquella noche el doctor Lacombe—. Otra cosa sería, si pudiésemos atacar desde la Tierra el Astro Sintético. Sin necesidad de enviar allá astronaves suicidas, me refiero.

—Pudiera ser posible muy pronto, doctor —dijo Román—. En teoría, el rayo calórico o cósmico puede ser enviado con todo su poder destructivo y en línea recta hasta millones de kilómetros.

—¿Desde la superficie terrestre?

—No, desde fuera de la atmósfera. Desde una plataforma espacial situada, como mínimo, a ocho mil kilómetros de la superficie.

—Pero eso es demasiado, Garcés. Aunque si...

—Podríamos intentarlo también desde el suelo, pero sin el alcance necesario. Mientras más libre de corpúsculos gaseosos esté el éter, el poder de penetrabilidad es mayor. Recuerde que el Astro Sintético está a tres millones de kilómetros de la Tierra.

—Sería maravilloso contar con esa arma. Si no, los habitantes de Prometeus van a sembrar la destrucción y la discordia en la Tierra —cavió el pesimista doctor y decidió—: ¡Voy a consultar con los técnicos de los centros astronáuticos!

Quedóse solo con dos ayudantes Román en el taller-laboratorio provisional, destinado para prácticas especiales, y dispuso los útiles para un nuevo experimento. Era casi media noche. En un extremo apartado estaban ojeando revistas festivas los dos policías de turno que siempre le acompañaban. El físico proyectó un haz heterogéneo de ondas sobre una pantalla superespec- troscópica y frunció el ceño. Aquella era una labor preparatoria y sin dificultades y, no obstante, algo funcionaba mal. Una facción de las ondas no llegaba a la pantalla, como si chocaran antes con algún cuerpo. Los ayudantes se mostraron inquietos, desconcertados, y Román repitió la proyección con todas las ondas disponibles y ocupando con el haz toda la anchura de la pequeña nave. Al principio llegaron, pero de nuevo hubo una bifurcación parcial y un retroceso inexplicables.

—-Es como si hubiese algo invisible entre el proyector y la pantalla, señor —comentó uno de los ayudantes—. Algo sólido, que no se ve...

Entonces Román hizo algo tan extraño y súbito, que los policías dieron un salto y se acercaron recelosos e inquisitivos.

—¡Haga por ese lado lo mismo que yo, Duval, rápido! —ordenó el investigador a la vez que volcaba en el suelo uno de los bidones de pintura que había dispuestos para la terminación del local junto a la pared, de modo que el líquido se extendiera por todo el pavimento.

—¡No se muevan mucho ustedes, por favor! —pidió a los policías, que saltaban para no mancharse el calzado y los pantalones.

En un momento quedó todo el suelo del laboratorio, que no era muy amplio, cubierto de una capa de espesa y pegajosa pintura gris. Los asombrados ayudantes y los alarmados policías contemplaban al investigador como a un loco, exigiéndole una explicación de su raro proceder. Pero éste analizaba atentamente el suelo, sin moverse, y de pronto corrió hacia la salida llamando tras sí a los cuatro hombres.

En el pasillo exterior, delante de ellos, íbanse marcando en el suelo limpio las huellas de unas desnudas plantas de pie humano. Una izquierda otra derecha, otra izquierda, otra derecha... ¡Un hombre invisible huía corriendo, pero sin poder evitar ir dejando impreso su rastro con la pintura gris con que se manchó los pies!

Hubo una maldición, un fragor de lucha, un jadear intenso. Román Garcés forcejeaba del modo más grotesco e inimaginable, solo al parecer.

—¡Ayúdenme! —gritaba—. ¡Lo tengo cogido! ¡Lo tengo!

Se abalanzaron los cuatro hombres, y cuando diez brazos y manos palparon al hombre invisible, éste quedó dominado. Un policía le rodeó el cuello, el otro le atenazó los brazos y cada uno de los ayudantes de Garcés una pierna. El hombre misterioso estaba completamente desnudo, y, mientras no se le soltara, impotente e inofensivo.

Pronto cayó sobre él, también un aluvión de soldados. A poco hallábase envuelto en una sábana que señalaba las formas de su cuerpo y atado fuertemente a un sillón de tubos metálicos.

—¿Es el hombre del Astro Sintético? —preguntó esperanzado el mariscal Wentzel por teléfono cuando inmediatamente fue enterado del hecho.

—No lo sabemos aún, señor —respondió el oficial informador.

Garcés estaba inclinado sobre el extraño prisionero y dijo:

—No, no es. El monstruo es mucho más alto y tiene contextura diferente.

De todas formas, la captura había sido un suceso feliz y aleccionador. A Román Garcés le fue doblada la guardia personal, pero no para vigilarle como hasta entonces; sino para protegerlo de cualquier ataque o atentado. En los puntos de acceso a muchas dependencias del Observatorio fue redoblada la guardia y el suelo cubierto de una materia plástica muy delicada para detectar el paso de otros probables agentes invisibles saboteadores, asesinos o espías.

A petición del doctor Lacombe y como decisión especial, el hombre invisible prisionero quedó por tiempo indefinido en el Observatorio. Los trámites jurídicos podían llevarse a cabo allí a la par que las investigaciones en todas las ramas del saber humano, puesto que todas eran entrañadas por aquel fenómeno real que suponía la invisibilidad de un cuerpo, el escamoteo de una materia sólida a las ondas luminosas percibidas por el cerebro a través del ojo.

—Otro viejo sueño del hombre que se torna realidad —comentó Garcés.

—Pero en unas circunstancias muy trágicas —hizo un gesto, Lacombe con su mano abierta sobre la esfera terráquea luminosa que adornaba un rincón de la biblioteca—. Un ejército de cincuenta hombres invisibles dirigidos por ese inteligente monstruo de Prometeus podría llegar a dominar el mundo.

Román se cerró el peludo cuello del chaquetón de piel y contrajo con firmeza su pronunciado mentón.

—Probablemente no les daremos tiempo, señor. La guerra de los sabios ha comenzado.

El doctor siguió hasta la salida a su antiguo ayudante.

—No debiera usted ir con ellos, Garcés. Su labor es más importante y personal aquí.

—Allí también puede serlo. Recuerde, además, que tengo pendiente una cuenta particular con el enviado del Astro Sintético.

—¿No serán falsas las declaraciones de ese hombre invisible?

—Lo hubiese advertido el detector psicopático del doctor Weiss.

—No sé... Yo confío mucho más en la plataforma espacial desde donde podremos atacar al enemigo en su propia guarida de las estrellas.

—¿No ha pensado usted que si el monstruo sigue libre y en actividad, pongamos dos o tres meses más, no tendremos oportunidad ni siquiera de estar vivos todo ese tiempo ?

—Ande, hijo, ande—asintió Lacombe—, y que Dios nos ayude.

CAPITULO VIII

Los nuevos enviados del Prometeus

Las estrellas que brillaban por doquier, arriba y abajo y en todas las direcciones del Astro, el cúmulo de mundos y de galaxias y el maravilloso panorama del Universo al desnudo de nubes y atmósferas y soles, no menguaron la soberbia del hombre.

Yéremi Klovsi y sus coterráneos —la gente del mundo artificial—, tenían fijos sus ojos y sus ansias en la gran estrella azul que era la Tierra. Pero en la Tierra había diez mil millones de seres humanos y no les dejaban sitio. Lo querían todo. Al cuarto de siglo terrestre de generar en un mundo postizo, comprendieron la Gran Anormalidad de su existencia. ¿Y cómo regresar a la madre Tierra, si habíanse hecho enemigos de sus moradores natos?

Dio principio a la intriga sideral, a la lucha, a la guerra. Yéremi Klovsi, prohombre de Prometeus, dióse cuenta de su error. Fivras Taylor no era el hombre idóneo, porque seguía ciego la común educación falsa de sentirse muy superior a los terrestres. Fivras Taylor iba de fracaso en fracaso, no obstante su fantástico poderío en materias técnicas, porque despreció la astucia y la voluntad de vencer de los terrícolas dotados de capacidad intelectual, moral y física. Un hombre de aquella microscópica peninsulilla, Iberia llamada de antiguo y España y Portugal ahora, dio al traste con toda la teórica potencia del feroz enviado.

Yéremi Klovsi quiso rectificar y el presidente Silas Demetrios le concedió, de acuerdo con la Asamblea de Gobierno, poderes plenos.

—Déjame ir a mí, Klovsi —rogó Blasco de Aragón—. Yo me presentaré a ellos en son de paz y seré escuchado y atendido.

—Iré yo —decidió Yémeri Klovski, porque es ésta una misión vital para la raza humana, tanto de Prometeus como de la Tierra. Si muero, ¿qué mejor holocausto? Iré yo.

—Eres egoísta, Klovsi. Tú, lo que realmente deseas, es volver allá.

—Como tú, Blasco: morir allí, aunque sea de modo humillante.

Los dos aceptaron mudos sus acusaciones mutuas. Los dos eran hermanos de la misma madre, partícipes de la misma hazaña y esclavos del mismo azar.

—Te aprovechas de tus prerrogativas, Klovsi —quejóse Blasco.

—Te equivocas, amigo. Partiremos los dos. No valemos gran cosa, de todas formas, para la vida futura de la especie interestelar.

Los informes llegados de la Tierra eran deprimentes. Fivras Taylor, tras

cometer fechorías indignantes llevado de su odio secular, a pesar de contar con la pequeña pero valiosa facción terrícola aliada, no hizo más que unir a los pueblos terrestres en una coalición potentísima. Todas las razas y gentes de la Tierra sintiéronse hermanadas ante la Gran Amenaza, hasta entonces desdeñada. Y todo, por obra de los sabios a cuyo frente hallábase ahora Román Garcés, la criatura puesta por el destino al paso de Fivras y despreciada por éste en un grado fatal para él y su causa.

—Los hombres de abajo precisan mensajeros de buena voluntad —decidió la Gran Asamblea de Gobierno del Astro Sintético.

Y así, Yéremi Klovsi y Blasco de Aragón fueron designados como embajadores plenipotenciarios de Prometeus en la Tierra.

Los servicios de astronáutica dispusieron los medios técnicos necesarios. Antes de la partida, un mensaje radiado viajó a través del éter hacia el planeta azul creado por Dios, y a la gran ventura, los dos prohombres partieron en rauda y prevista trayectoria hacia el mundo de sus padres. Y eligieron para el aterrizaje un lugar bello y pacífico y cercano a la vez, a las grandes y civilizadas urbes, porque al decir de Yéremi Klovsi, *«allí florecen los jazmines en invierno y los hombres de la Tierra, a pesar de todo, se sienten todavía poetas y se dejan influir por una decoración, una canción, una mujer y una flor»*.

El punto indicado para la visita por las antenas de radio de Prometeus era un determinado lugar del sur de la península Ibérica, a orillas del mar Mediterráneo. Andalucía era el nombre por el que se conocía desde remotos tiempos la diminuta región peninsular de Extremoeuropa.



Antes de eso tenían lugar en la Tierra otros acontecimientos, los cuales, de haber sido conocidos por Yéremi Klovsi, habríanle llevado a una desesperada aceleración del viaje y quizá a la elección de otro punto de aterrizaje más estratégico, poco más al noreste del escogido. Porque Fivras Taylor decidió usar el arma secreta en fase de experimentación «Q-89», puesta a su disposición sólo para un gravísimo caso de emergencia. Las células no resistían el duro proceso físico. El cuerpo vivo sometido a *«invisibilidad»* era cuerpo aniquilado en un futuro muy próximo. Claro que, taimado y cauto, Fivras utilizó para ello a otro hombre con dádivas y promesas que sabía quedarían incumplidas. Más para él lo importante era el golpe casi mortal que esperaba descargar sobre la coalición terrestre de sabios.

El monstruo lo hizo, y hubiese tenido éxito (un éxito baratísimo, puesto que la vida de un hombre, aun siendo amigo, para él no tenía valor alguno), a no haber sido por la buena fortuna, la inteligencia y el valor de Román Garcés. Al desdichado hombre invisible enviado por Fivras Taylor no le fue posible cumplir su misión, ni siquiera huir valido de su fantástica y poderosísima condición defensiva. Hubiérale sido preciso, además, poder

volar, y esto era demasiado. Más no acabó ahí el fracaso, sino que se agigantó hasta grados inconcebibles. Porque el hombre invisible, preso y desarmado, habló todo lo que sabía, que era mucho.

Y ello dio lugar a que una red ineludible cayera lenta, pero firme y segura, sobre «Boime Saison».

«Bonne Saison» era una gran mansión de recreo de finales del siglo XIX situada entre Montpellier y las bocas del Ródano. Disponía a su alrededor de cotos de caza, bosques, estanque y hasta de un trozo costero con recatada playa y embarcadero de esquifes. Esta mansión, destinada a centro de experimentaciones botánicas, habíase convertido por tolerancia de sus moradores y jefes en cuartel general provisional del hombre del Astro Sintético, quien cuando en Marsella pudo establecer contacto después de difíciles y peligrosas andanzas con los desorientados agentes amigos que le buscaban, comenzó su verdadera labor de ofensiva. Garcés produjo con su fuga una precipitación de los acontecimientos, y Fivras replicó con un mayor ritmo de sus jugadas mortales. Sólo hizo una mala, pero fue en grado sumo decisiva para su derrota.

Habían transcurrido tres horas del envío del *«agente invisible número uno»* y no aguardaba Fivras Taylor y su «estado mayor» de él sino un retorno triunfal o halagadoras nuevas, cuando un viejo y pesado bólido automóvil salido de algún almacén de desechos pasó por la autopista cercana y se introdujo renqueante por el camino privado de «Bonne Saison». Sus ocupantes, seis hombres alegres y charlatanes, preguntaron a un guarda-agente, ya en la explanada de acceso a la mansión, si iban por allí bien para la frontera española.

—No, se han desviado ustedes. Están en propiedad oficial prohibida.

—Bien —dijo uno de ellos a sus compañeros, apeándose—. No tenemos prisa y esto es bonito. Podemos comer aquí. Nos dejarán ¿verdad? —inquirió con desfachatez.

—Es buena idea —dijo otro señalando despectivo al vehículo—, porque esto no quiere rodar más hasta que descanse.

Le corearon los demás y bajaron del anticuado bólido. Aquellos hombres estaban ebrios, se les veía a las claras, pero constituían los visitantes más inoportunos, inesperados e insoportables que pudieran imaginarse los habitantes de la truculenta mansión de «Bonne Saison». Todavía era posible en 2006 ver gente —despreciable gente—, que al margen de la severidad y sobriedad social impuesta por la época se entregara a liviandades de tal estofa. Así lo explicó Hank Hadler al indignado Fivras Taylor, e impidió que éste eliminara sin más a los alegres e irresponsables excursionistas, pues ello daría, lugar a una investigación judicial y nada sería más peligroso en las actuales circunstancias de los hombres afectos al Astro Sintético.

Sin embargo había que infringir un castigo ejemplar a estos seres despreciables, restos hediondos de una humanidad caduca, y Hadler decidió que se les imposibilitara parcial y definitivamente en sus células cerebrales.

Un vigilante se hizo del dispositivo disparador que ya una vez fue utilizado sin el éxito justo contra Román Garcés.

Cinco de los seis ocupantes del bólido estaban ya fuera. El sexto, Román Garcés precisamente, oteaba desde su asiento con disimulada atención el exterior y vio avanzar desde la casa un hombre portador de aquella falsa cámara fotográfica cuyos efectos ya él conocía por haberlos experimentado. Esta vez atacaría antes, aunque precipitara los acontecimientos de un modo imprevisto y aventurado. Sacó su diminuto proyector recién construido de rayos calóricos, que no era mayor ni menos manejable que una vulgar pistola y advirtió para que se apartaran a sus compañeros de «comando».

Y dio libertad a un finísimo dardo de ondas debidamente regulado contra la cámara. La máquina fatal humeó un instante y se le retorció en las manos al hombre que la portaba, el cual emitió un aullido de dolor y volvióse gritando hacia la escalinata de la casa. A la vez, dos de los policías atenazáronle los brazos al primer guarda y le desarmaron rápidamente.

Ello fue la señal para la alarma general.

Los falsos excursionistas sin rumbo se desplegaron entre la arboleda en un radio previsto de antemano. La situación se hizo peligrosa, pues aun cuando bastara un signo convenido que ya se estaría radiando para que potentes fuerzas del ejército asaltaran «Bonne Saison» de modo fulminante, deseábase ahorrar vidas y materiales imposibilitando al monstruo de Prometeus para usar sus armas terroríficas en la desesperación del acoso. Esta fue la causa del original «comando» en que Román quiso tomar parte, sobre todo, por ser él quien conocía en persona al monstruo y a la vez quien únicamente iba provisto del arma de su invención.

Saltó ocultándose por entre grandes macetones que bordeaban el acceso a la escalinata y ante la puerta principal de la casa detúvose sin alientos. Algunos hombres corrían por unas altas galerías de acá para allá. Un grupo apareció en el largo balcón. Entre ellos, destacándose por su estatura y su porte de arrogancia solemne, estaba el monstruo llegado del astro artificial.

Fivras Taylor dictaba rápidas y tajantes órdenes a sus sorprendidas huestes. Vivían confiados al secreto de su refugio, pero no les hubiera extrañado una incursión aérea o un ataque con proyectiles dirigidos; mas una ofensiva desencadenada por seis hombres venidos en un viejo automóvil era totalmente imprevista.

Román vio al furioso hombre del Astro Sintético asomado al balcón, apoyado con sus manos en la balaustrada de hierro. Y no perdió un solo segundo en actuar. No quería matarlo, sino inutilizarle para siempre. Así, impulsó los rayos calóricos a la armazón metálica con toda la intensidad disponible en su arma portátil. Inmediatamente el hierro se puso al rojo vivo y al blanco en gradaciones súbitas y comenzó a fundirse...

Se mantuvo un momento todavía asido a él Fivras Taylor con gesto alucinado, y de pronto prorrumpió en alaridos desgarradores. Y se echó atrás con los brazos extendidos y los dedos hirvientes, mirándose con pavor

inusitado y con terribles muecas de dolor el amasijo sanguinolento y humeante que eran sus manos. Después cayó desvanecido en los brazos de los horrorizados y sorprendidos hombres que le seguían.

—¡Tocado! —no pudo evitar Garcés gritar con estentórea voz, remedando así sin querer la exclamación de los combatientes de cien guerras pasadas.

El caos y la alarma entre los partidarios del Astro Sintético, que todo lo confiaban a la voluntad férrea y poderes extremos del enviado sideral, fue indescriptible. Máxime, cuando el zumbar de los aviones atómicos y el rumor de la infantería motorizada comenzó a anunciar la presencia de potentes fuerzas en todo el ámbito en torno de «Bonne Saison»,

Muchos hombres salían asustados al encuentro de las tropas, al aire las manos. Otros se agrupaban obedeciendo las órdenes del profesor Hadler, que pugnaba por organizar la defensa. Pero todavía, siguiendo los movimientos previstos, no eran visibles los invasores. Tres de los hombres del «comando» radiaban sus observaciones ocultos en diferentes lugares. Los otros dos se unieron a Román Garcés.

—Es el momento de atacar —dijo el capitán Boucet—. Deberíamos aprovechar el desconcierto inicial del enemigo.

Román objetó que desconocían con qué armas tendrían que habérselas y que la operación sería perfecta si lograban finalizarla sin lamentar bajas. Los hombres del balcón habíanse retirado. Ahora apenas se notaban movimientos, excepto el de los pocos desertores que libremente se encaminaban al extrarradio de la mansión para entregarse a los soldados de vanguardia. Era raro que los del interior no hicieran nada por impedirlo. Una idea fantástica y agobiante asaltó de pronto a Román: *«¿Estarían todos marchándose como hombres invisibles?»* Tranquilizóse un tanto, porque esta eventualidad también había sido prevista. Una ancha faja de terreno estaba siendo espolvoreada con nieve para descubrir el posible paso de cualquier ser dotado de invisibilidad.

—Como en la antigua novela *«El hombre invisible»*, del inglés H. G. Wells —comentó el capitán.

—Los novelistas lo dicen todo con siglos de anticipación, porque...

Román se interrumpió al notar que uno de los compañeros de «comando» se les acercaba rápido, con el altavoz de radio en funcionamiento. Alguien comunicaba una noticia sensacional recibida de emisoras espaciales. ¡Los habitantes del Astro Sintético anunciaban, para cuarenta horas más tarde, la arribada, a la Tierra de dos nuevos mensajeros del mundo del espacio!

Sin duda, las mismas nuevas habían llegado también a los hombres del interior de la casa atacada, porque transcurrió un tiempo prudencial y nadie dio signos de vida. Llegaron las fuerzas de mar y tierra y hasta una escuadra de helicópteros de transporte depositó en los tejados y azoteas de la mansión un gran número de soldados que no hallaron enemigo alguno. La casa y todos sus aledaños fue objeto de una ocupación militar completísima. Hiciéronse sin

trabajo muchos prisioneros, pero Fivras Taylor y Hank Hadler habían desaparecido. Los mismos hombres que estuvieron con ellos hasta después del certero ataque de Román Garcés, no supieron dar cuenta del paradero de los dos altos jerarcas del mundo artificial. Únicamente manifestaron que el enviado extraterreno quedó inútil de sus dos manos y que el agente terrícola profesor Hadler le mantuvo en sus brazos impotentes. Después de eso nadie volvió a verlos en punto alguno.

Pasaron largas horas de intensa actividad.

Otras atenciones, por el momento, ocuparon el tiempo de los mandos militares y de policía y a los sabios. Entre ellas la recepción de los nuevos enviados de Prometeus, que tendría lugar en el sur de España, en la llamada Costa del Sol.

—Taylor y Hadler están libres aún —decía Román—. Les hemos asestado un durísimo golpe en su organización, que ha quedado prácticamente destruida, pero ellos siguen libres y más peligrosos que nunca. Ahora son enemigos hasta de esos nuevos enviados que dicen venir en visita de buena voluntad.

Y llegó la hora señalada.

Los satélites artificiales y todos los sistemas de detección indicaron el paso hacia la atmósfera terrestre del meteorito sintético donde viajaban los extraños embajadores. Pronto fue descubierto a simple vista en el cielo azul. Era la mañana de un día laminoso. Enormes fuerzas y contingentes de todos los órdenes aguardaban a los visitantes del espacio. La gran autopista costera y sus bifurcaciones aparecían llenas de bólidos automóviles, el mar surcado por miles de embarcaciones y el aire por enjambres de aeronaves de todos los tipos y condiciones. Una cadena de altavoces dictaba instrucciones y consejos para evitar colisiones entre sí o contra el bólido que ya se aproximaba silbando, no obstante sus potentes y continuados frenazos para acortar la fantástica velocidad adquirida en la zona interestelar.

A una altura de pocos miles de metros el bólido gris quedó como suspendido en el aire. Después bajó con relativa lentitud, y en un espeso pinar entre las poblaciones de Fuengirola y Marbella irrumpió con fragor tronchando en caída muy oblicua las copas de muchos árboles. El aterrizaje fue perfecto. Un monte de blanca y fina arena, una de las grandes dunas a orillas del mar, acogió en su cumbre blanda y caliente a la astronave donde regresaban a la Tierra dos de los habitantes del Astro Sintético. Toneladas de arena fueron lanzadas al aire y cayeron como una lluvia ocre y cegadora en un radio inmenso. Abrióse en la duna un cráter de casi cincuenta metros de diámetro y en su centro quedó enterrado el bólido, y unas máquinas excavadoras hubieron de trabajar a forzado ritmo antes de dejarlo al descubierto. En un ancho círculo, todas las representaciones de los organismos rectores terrestres, el ejército y los científicos, los informadores, los policías, los curiosos, aguardaban la aparición de los deseados y a la vez temidos embajadores de Prometeus.

Las emisiones de televisión a estéreo-color llevaban a todo el mundo un completo y espectacular reportaje del histórico suceso. Millones y millones de ojos contemplaron cómo una comisión de gobiernos y núcleos científicos fuertemente protegida por una sección especial de contraofensiva se aproximaba a la nave, y cómo en ésta abríase una estrecha escotilla por la que apareció primero un hombre muy alto y delgado y seguidamente otro más bajo y corpulento. Ambos vestían raros equipos espaciales de los que se desprendieron con un movimiento leve, presentándose entonces con ajustados y sencillos trajes plásticos de un bello azul celeste con adornos dorados y negros. La cabeza y la cara las mantenían cubiertas con un ligero y transparente casco protector, pues no confiarían todavía en soportar sin trastornos orgánicos la densa atmósfera terrestre. No llevaban armas ni objeto alguno en sus manos desnudas. Alzaron los brazos en un saludo, miraron el cielo azul y después se arrodillaron para besar el suelo. Así permanecieron hasta que los delegados del presidente de los Pueblos Unidos de la Tierra y del decano del Ateneo Mundial de Ciencias se les acercaron para darles la bienvenida. Detrás, potentes fuerzas de todos los ejércitos manteníanse con las armas dispuestas en prevención de cualquier intento agresivo de los recién llegados del espacio.

—Volvemos a la madre Tierra después de casi un cuarto de siglo de vivir en un mundo técnicamente perfecto, pero extra natural y sin la gracia de Dios —dijo Yéremi en francés—. Venimos a repudiar la conducta de nuestro primer enviado, a rectificar en lo posible sus errores y a ofrecer la amistad y comprensión del pueblo del Astro Sintético.

Blasco de Aragón, emocionado, habló en español. Su impulsor de sonidos reflejaba con fidelidad las inflexiones sinceras e inseguras de su voz.

—Soy feliz al poner mis pies en la Tierra y precisamente en la patria mía y de mis antepasados. Somos portadores de unas técnicas y unos conocimientos nuevos adquiridos en el Astro artificial, y queremos cederlo todo a los pueblos que viven en la Tierra a cambio de una unión y una hermandad que se proyecte a todas las generaciones venideras en éste y en todos los mundos. Ahora que sabemos más, estamos más cerca de Dios.

El doctor Cajal, que ostentaba la representación de los Pueblos Unidos, contestó con breves y sentidas palabras al saludo de los nuevos enviados del Astro Sintético. Y todo parecía desenvolverse por amplios cauces de cordialidad y simpatía, alejando recelos, cuando de pronto algo extraño turbó la mirada franca y las facciones nobles de los hombres llegados del mundo espacial.

Los operadores de las emisoras de televisión destacados en la Costa del Sol perdieron el control de su captación perfecta de sonidos e imágenes. Los espectadores del mundo entero vieron entre celajes que los hombres de Prometeus, sorprendidos de súbito, apartaron su cortés y bondadosa atención de los prohombres terrícolas y miraron con estupor y alarma, en actitud defensiva, un punto rocoso de la playa donde no había nada ni nadie...

Hubo en la multitud un movimiento de intranquilidad y de temor. Las miradas se endurecieron. Los capitanes de las secciones armadas radiaron una señal y todos los soldados de tierra, mar y aire, apercibieron sus armas de detección y de ofensiva.

¿Habría sinceridad alguna en las frases de salutación y amistad de los extraños seres que vivían fuera del mundo de los hombres, o bien todo no fue más que una estratagema diabólica para continuar la obra de aniquilamiento del monstruo vencido?

A nadie se veía en la roca, pero Yéremi Klovsi y Blasco de Aragón encaráronse con ella como ante un hombre o un demonio, y le hablaron...

CAPITULO IX

Endemoniados invisibles


n el ocaso de su efímero poderío en la Tierra, al fin, halló Fivras Taylor un aliado fiel, abnegado y valiente. Otras razones ajenas, qui-
zá de índole personal o de ética, empujaran al extraño amigo a hacerse solidario del monstruo desvalido; pero de todas formas hubo un feliz atisbo de resistencia y de venganza cuando Hank Hadler impidió, en la desbandada general, que los terrestres les prendieran y con ellos hiciéranse también de todos sus secretos técnicos.

Hadler dispuso como pudo, con serenidad y dotes de mando, una burda e improvisada defensa de «Bonne Saison» sólo para ganar tiempo, porque el mensaje recibido del Astro Sintético contribuyó a que casi todas las huestes se consideraran libres de su mandato y por contra se apresuraran a rendirse a la coalición de sabios terrícolas. Hizo el tenaz agente una cura de urgencia a las destrozadas manos de Fivras y después le sometió, y a sí mismo también, a una intensa y completa sesión de invisibilidad corporal. Sus profundos conocimientos científicos y su maestría permitiéronle introducir en la experiencia algunas modalidades que ya tenía en estudio, y antes de que avanzaran las tropas, en los minutos de mayor desconcierto, abandonaron ambos el refugio invadido. Caminaron una gran distancia a través de los soldados, casi tocándolos en muchas ocasiones, y lamentaron no disponer de sus mortíferas armas para haberlos fulminado. Porque para huir amparados en la invisibilidad de sus personas habían de hacerlo, necesariamente, sin ropas ni objetos que les delataran. A sus espaldas el enemigo cubría el suelo con polvo de nieve en el cual sus pasos hubieran quedado marcados, pero ellos cruzaron antes el cerco. La marcha fue en extremo lenta y difícil porque habían de efectuarla descalzos y desnudos y, además, Fivras Taylor, bajo un atroz sufrimiento moral y físico.

Pidió a su amigo muchas veces que le abandonara tras sembrar el campo de ondas paralizadoras y vapores verdes, para morir presenciando estragos. Estaba loco de dolor y de ira. Pero Hadler, con palabras de ánimo, le incitaba a huir y a guardar algunas esperanzas. Aquel hombre admirable tendría ya fraguado un plan, pero Fivras Taylor no alcanzaba a comprenderlo.

—¡No aguarde nada de los nuevos enviados de Prometeus! —chillaba enloquecido, con los ojos desencajados y un rictus demoníaco en su faz descompuesta—. ¡Son unos estúpidos cobardes, traidores y reaccionarios! ¡Ya lo decía yo allá! ¡Yéremi Klovsi acabará por destruir nuestra ciencia y nuestro

espíritu superior!

—No desespere, señor. Yéremi Klovsi ha dado siempre muchas pruebas de su talento. Quizá le ha sido preciso rectificar los planes primitivos, en beneficio de Prometeus.

—Era hombre acabado... Sentía nostalgia de la Tierra, igual que Blasco y tantos otros... ¡Un ser superior no puede nunca ser un sentimental!

Hadler guió a su protegido muy adelante en la carretera. Los pies les comenzaban a sangrar y sin querer iban dejando un pequeño rastro. Además sentían frío. Las facultades físicas de Fivras Taylor, especialmente, eran muy lamentables. Un hombre normal hubiese llegado ya al límite de toda resistencia. Tentado estuvo Hadler de abandonar a su compañero, puesto que su sentir hacia él no era piadoso, pero a tiempo, descubrió en un recodo de la autopista, parados, tres grandes bólidos de transporte del ejército próximo a partir. Subió en la parte trasera del último y ayudó a Fivras a encaramarse, y entre fardos llegaron a Marsella. Después hubieron de hacer a pie otro largo recorrido. Hank Hadler tenía una meta inmediata: un apartamento en las afueras en un lugar semejante por su arquitectura a la Avenida de Jardines, donde vivía una mujer, pero ahora sobraba ésta, la cual no estaba. Hadler, precavido, hizo días atrás de modo que se ausentara.

—Aquí hay un albergue, señor. Es lo mejor que podemos hallar de momento —dijo, y entonces consideró finalizada la estratégica retirada.

Cerró herméticamente las puertas y ventanas, puso buen cuidado en no delatar con quehaceres domésticos la presencia de ambos y entregóse a la consecución de sus aventurados planes. Él lo había dado todo por los hombres del Astro Sintético: su salud, su trabajo, su prestigio personal y profesional, su libertad y su honor. Y había de seguir adelante y exigir el premio estipulado, sin retrocesos ni componendas posibles. Así lo diría a Yéremi Klovsi en el momento que éste pusiera su pie en la Tierra, no más tarde, pues desconfiaba entonces de poder llegar hasta él. Nadie, visible o invisible, podría acercársele cuando los sabios le tuvieran en su poder y bajo custodia. Conocía el momento y lugar del aterrizaje, y de momento el problema lo constituía el transporte. Fivras Taylor estaba inutilizado. Sus manos sin palmas ni dedos eran dos amasijos sangrientos y dolorosísimos y ningún médico ni cirujano podía asistirlo. Taylor y Hadler eran invisibles para todos menos para ellos mismos y no podían, sin los elementos técnicos abandonados, recobrar la apariencia normal. No disponían de nada ni de nadie, pues no confiaban en ninguno de sus correligionarios. El profesor preguntábase angustiado si podrían resistir así los tres días que faltaban para la anunciada llegada de los prohombres de Prometeus. El quizá sí, pero a Fivras Taylor no le era posible esperar solo; y llevarlo sería una locura.

—Iré andando! ¡ Iré andando! —clamaba el infeliz en su delirio—. ¡Yo no necesito alimentos, no necesito nada! —y lloraba de rabia—. ¡Sólo mis manos, mis manos y mis armas...!

—Habrá una solución, debe haber una solución —mascullaba Hadler.

A poco dio un salto y vistióse ropas que allí guardaba cubriéndose por completo, con gafas negras, guantes y sombrero. Lo mismo hizo con Fivras. De la despensa tomó avíos de comidas y del tocador femenino algunos productos, fabricó una especie de pasta rosada para embadurnarse la cara e hízose un improvisado maquillaje que sometió a varias pruebas. La que parecióle mejor la ensayó con su compañero y después de proveerse de dinero y de unas pequeñas armas esperó a que llegara la noche.

—Nos iremos los dos —decidió—. Si no tenemos suerte, sólo nos queda dejarnos prender... vivos o muertos. A elección, señor.

El impotente hombre del Astro Sintético no dijo nada, pero sus ojos antes apagados lanzaron destellos demoníacos. Llegada cierta hora, Hadler estableció comunicación televisofónica con una estación de aviones-taxi. Como si consultara distraído una guía, dio la espalda a la pantalla.

—Traslado urgente a Londres, tres personas. Por favor —dijo, y dio la dirección de la pista de aterrizaje de la casa.

A los ocho minutos un pequeño avión de propulsión nuclear se detuvo en la pista del jardín. Los dos hombres subieron rápidos a la cabina de viajeros.

—-¿No sube la otra persona? —preguntó el piloto.

—Se ha indispuesto —dijo Hadler—. Vámonos, abonaremos los tres puestos.

—Bien, pasen sus pasaportes por la máquina.

Elevóse en vertical el avión y orientándose tomó rumbo. El piloto confiaba, como era costumbre, que los viajeros reseñaran su documentación en el cerebro electrónico registrador. Pero Hadler no sólo no hizo esto, sino que franqueó la escotilla de la cabina de mandos y situóse junto al piloto.

—Hemos cambiado de parecer acerca del punto de destino —dijo, a la vez que desconectaba el emisor de radio.

—¿Qué hace?... —volvió la cara el sorprendido piloto y hallóse conque el viajero le mostraba en una mano cantidad de dinero para él fabulosa y en la otra una pistola de microcápsulas explosivas.

—Queremos ir a las cercanías de Marbella, en España. Si nos lleva sin resistirse ni chistar, esto es suyo —Hadler adelantó la mano del dinero—. Sino, esto —y encañonó al hombre—; y le advierto que conozco perfectamente el manejo del avión.

—¡Yo no puedo hacer eso, señor! El control de tierra...

—No hay control.

Le temblaban las manos al piloto. En verdad, la distancia a recorrer era casi la misma. Aquella cantidad de dinero no la ganaría en todo un año de trabajo. Al fin y al cabo, antes de ese tiempo la guerra o el Astro Sintético daría al traste con todo. Siempre había soñado con unas largas vacaciones. Quizá, hasta no sería advertido en la estación su cambio de ruta...

—Vamos, decídase —apremió firme y amenazadora la voz del viajero.

—Hecho, señor —suspiró el piloto, iniciando la maniobra necesaria.

Así fue como Fivras Taylor y Hank Hadler, dos días antes del anunciado

para la llegada de los nuevos mensajeros de Prometeus, halláronse en la verde ladera de una montaña a la vista de la carretera de la Costa del Sol. Nadie les vio aterrizar. El avión partió en viaje de regreso hacia el norte, pilotado por un hombre con el bolsillo repleto de billetes de banco y con la cabeza vacía de muchas ideas. Porque el profesor, antes de despedirlo, habíale herido sin que lo notara con las ondas de su diminuta falsa cámara fotográfica.

Y comenzó otro éxodo, y en el momento oportuno ambos hombres se despojaron de sus ropas y pertenencias y lo escondieron todo en un determinado lugar a cubierto de miradas indiscretas, No había que hacer ya más que esperar...



Las autopistas, los pinares, las playas, hervían de gentes de misiones específicas y uniformes variadísimos. Por un trecho de piedras, para no dejar huellas, Fivras Taylor y Hank Hadler situáronse en una roca al paso de los nuevos enviados de Prometeus. Para ellos no serían invisibles, pues el casco protector de que iban provistos los astronautas permitía, por su contextura molecular de propiedades especiales, anular los efectos antilumínicos irradiados por el conjunto celular de los forajidos.

Yéremi KIovsi descubrió en seguida a su antiguo coterráneo del Astro Sintético, el cual permanecía sostenido trabajosamente por Hadler. Su aspecto era lastimoso y repulsivo. Desnudo, esquelético, sucio, agotado, con los brazos cruzados sobre el pecho y el lugar de las manos mal entrapajado con tenues gasas antisépticas coloreadas de humor y de sangre, Fivras Taylor sería la imagen misma de la desesperación y la derrota de no ser por el brillo febril y satánico de sus ojos amarillentos y crueles.

—¿Por qué has venido aquí, así? —preguntó KIovsi apenado y sorprendido—. ¿Qué habéis hecho, desgraciados?

—Sálvanos de esta horda, Yéremi KIovsi —dijo Fivras con desgarrada voz—. Destrúyelos a todos si aún eres un superhombre de Prometeus.

Hank Hadler rogó:

—Ayúdanos, señor. Tú eres sabio y poderoso. Lo hemos dado todo por la causa del astro mejor.

—No hemos venido a destruir —replicó el mensajero—. Pero bajad, venid con nosotros y los cuatro seremos huéspedes de la Tierra. Obtendremos también el perdón para vosotros.

—¡No, KIovsi, míralos cómo se arman! ¡Ya recelan, ya nos envuelven amenazadores, ya no sirve tu maldito mensaje de buena voluntad!

Fivras saltó con torpeza y mostró sus horribles muñones.

—¡Porque no tengo manos, cobardes, que no precisaría entonces de vosotros! ¡Pero curaré...!

Blasco de Aragón explicaba excitado la situación a sus inmediatos acompañantes. Acercáronse al grupo también, pasados los momentos de

ceremoniosa bienvenida oficial, sabios y generales entre los cuales figuraban el mariscal Wentzel, el doctor Lacombe y el profesor Román Garcés. No bien hubo sido este último visto por Fivras Taylor, llegó el monstruo al paroxismo de su furor y locura.

—¡Mátalo, Klovsi! ¡Mátalo o déjame a mí...!

Se interpuso entre ambos Yéremi Klovsi, y Taylor se le abalanzó y con los codos le golpeó salvajemente el casco hasta quebrárselo. Después se dirigió enloquecido contra Román, que apenas pudo ni supo defenderse. Todos vieron durante unos momentos la tremolina de arena de las pisadas del hombre invisible. Todos, y ninguno osó intervenir con sus manos, sus armas de fuego, nucleares o de cohetes. Román sintióse bruscamente empujado y percibió un aliento fétido y un jadear horrible, y entonces sucedió lo inaudito.

El mariscal Wentzel desenvainó el corto y afilado sable plateado que era uno de los atributos de su jerarquía, y como un guerrero de edades pasadas las emprendió a mandobles y estocadas con el aire. Pero él sabía qué «aire» herir. Su enjoyada arma pronto halló una resistencia, produjo un chasquido blando y se tiñó de sangre hasta la empuñadura. Un alarido infrahumano resonó en las dunas y en los pinares. Algo cayó pesadamente aplastando los pequeños tallos de la pobre vegetación de las arenas.

Y Blasco de Aragón arrodillóse junto a un cuerpo invisible que ya no se movía, sin hacer caso de Yéremi Klovsi, a quien atendían unos médicos, ni de Hank Hadler, que desde la roca presenciaba estático la muerte del primer enviado de Prometeus. La muerte de un superhombre del siglo XXI, producida por un arma blanca del principio de los tiempos.

Limpiaba el mariscal su espada con un puñado de secas agujas de pino, y no mostrárase más ufano y orgulloso si hubiera abatido él solo, con proyectiles radiados, una escuadra de cohetes. Estaba cierto de ser el autor de una proeza única en la historia.

—¡El otro hombre invisible! ¡El otro! —chilló Klovsi una vez recobradas sus facultades y enterado del hecho.

Hank Hadler no estaba ya en la roca. Había desaparecido. Una legión de guardas y vigilantes fue rápidamente puesta en seguimiento de la pista y, lejos, un círculo de hombres unidos hombro con hombro acercáronse sin dejar de remover un solo palmo cuadrado de terreno. Mientras, el cuerpo de Fivras Taylor iba dejando poco a poco de ser invisible y los rasgos de su cara perdiendo también el rictus de ferocidad que le dominara en vida. A la cabecera velaban Klovsi y Blasco hasta tanto se dispusiera el traslado del cadáver para las prácticas judiciales, religiosas y científicas a que hubiera lugar.

Comenzó a decrecer la expectación inicial. Importantes fuerzas del ejército ocuparon una gran zona para la completa evacuación del personal propio y extraño, retirada de la astronave de Prometeus y búsqueda del ex-profesor fugitivo.

Lacombe, Garcés y Wentzel formaron parte del séquito de los hombres

del Astro Sintético, incluido el muerto. En un gran avión escoltado por cazas partieron con dirección a Madrid, de donde tras una breve estancia proseguirían viaje al punto definitivo de destino, París. Allí tendría lugar la magna reunión mundial con los embajadores del mundo artificial cuyos habitantes, despertados al amor y la hermandad, ansiaban —pacíficamente ahora— su retorno a la madre Tierra.



Hadler vio morir a Fivras Taylor y por un momento pensó rendirse; pero ya sería un prisionero, un condenado que habría de responder a cuantiosas culpas. Sus ambiciosos sueños de poder y grandeza quedarían rotos para siempre, ahora precisamente que estaba libre y en vías de hacerse de un poderío igual o mayor que el de los engañosos hombres del Astro Sintético.

Y no quiso ceder. Se abrazó a la roca con sus grandes manos sin sombra y dejóse resbalar al suelo, apartándose hacia el único lugar libre del compacto cerco humano que le envolvía: hacia el mar. Entró sin ruido en el agua y nadó despacio y sin chapoteos para no cansarse ni descubrirse, paralelo a la playa, hasta rebasar la doble fila de soldados unidos hombro con hombro. Ya en tierra se alejó por entre los árboles, al sol, vagando con un rumbo determinado.

Comenzó a sentir frío. El camino hasta donde guardaba sus ropas y efectos era largo y difícil y su marcha por fuerza había de ser lenta. Sus delicados pies desnudos sufrían horriblemente al pisar de continuo cortantes y puntiagudos guijos y una miríada de pequeñas plantas espinosas. A veces había de dar grandes rodeos o saltar para evitar zonas intransitables o rápidos vehículos cuyos conductores, naturalmente, no le veían. Transcurrieron horas interminables. El sol aproximábase al horizonte y el frío hacíase mayor. Cerca de una casa campestre donde el hombre invisible quiso hallar un breve y pobre refugio, unos perros que le olfatearon rompieron a ladrar y correr, enfurecidos. Hadler huyó para no despertar alarmas.

Temblaba de sed y de frío. Se hizo la noche. Una noche oscura y desapacible, y el infeliz sabio rebelde tembló de miedo también, porque le asaltó el temor de haberse extraviado. Y así fue. Esquivando poblados y veredas, sin abrigo, sin luz y sin comprimidos alimenticios ni drogas estimulantes, el soberbio domeñador de las ciencias y las ideas convirtióse en un desdichado ser tan desvalido y sujeto a privaciones como los primeros hombres de la Creación. Pronto comenzó a tiritar y sin embargo le ardía la piel. La cabeza se le tornó pesada y vacilante y el pensamiento huidizo. Tenía fiebre. El corazón le batía fuerte, rápido y sin ritmo. Al fin, como un animal enfermo, se hizo un ovillo al cobijo de una oquedad rocosa cerrada por malezas y se puso a gemir.

Las constelaciones siguieron girando en el firmamento, indiferentes al último sufrir del sabio sin humildad ni amor. Quizá se arrepintiera en el

postrer instante, cuando ya era demasiado tarde para rectificar.

Al siguiente día unos soldados de patrulla sorprendieron en su sudario de hierbas y polvo al profesor Hank Hadler. Estaba muerto. Le habían vencido la intemperie, los virus, la enfermedad. Igual que a otro ser cualquiera de todos los tiempos pasados o venideros.

—Para acabar con los endemoniados invisibles —diría más tarde filosóficamente el doctor Lacombe—, se han bastado elementos tan simples y naturales como son una espada y una pulmonía. A veces pienso que todo este hondo trajinar de los sabios y los pensadores, este febril escudriñar en los misterios del Universo y de la Ciencia, no es nada ante lo inescrutable de los designios de Dios y la Naturaleza.

CAPITULO X

Marsella, Observatorio, 2006

Aquella tarde Román Garcés salió del Observatorio más cansado que de costumbre, más absorto. Y no es que hubiera trabajado en exceso,
pero la plenitud de su espíritu le dominaba como una exuberancia dimanante de todo su ser. Miró el cielo llameante por el crepúsculo, las tonalidades púrpuras y rosadas de las nubes, el perfil esbelto de los árboles; vio corretear a unos niños alegres y juguetones por los jardines cercanos y no se pudo sustraer a una profunda e íntima satisfacción.

—¡Qué bello es pensar que todavía a todo esto le quedan incontables millones de años de vida! —se dijo, y reconoció que la causa de su optimismo espiritual no era más que el convencimiento de haber contribuido, con su saber y su valor, a detener y destruir la Gran Amenaza. Dejó pasar sin avisarles varios automóviles del servicio interurbano del Observatorio y siguió a pie, sumido en sus reflexiones. Él no era más que un laureado profesor del departamento de Física, adscrito a la sazón, con el doctor Yves de Lacombe, a la dirección conjunta del Observatorio y candidato forzoso a la vicepresidencia de la Unión de Hombres de Ciencia del Mundo. En verdad, podía considerarse que hallábase en primera línea para salvaguardar y hasta fortalecer la espléndida situación moral y material de la Humanidad terrestre. Garcés sabía, y con él todos, que la labor sería dura e interminable, pero grata, firme y segura y digna de ser trasladada a las manos de otras generaciones más capaces y merecedoras, quizá, que ésta que vivió días sombríos y fatídicos en una época inolvidable y aún muy cercana.

—Deja de cavilar, Román —dijo una voz entrañable detrás de él, y vio venir, jadeante, a Pola Patti, la encargada de microfilms del Observatorio.

La muchacha se le cogió del brazo y sonrió.

—Ayuda a una pobre mujer solitaria —rogó con cómica angustia—. El profesor Garcés se me ha ido otra vez, dejándome abandonada.

—Oh, perdóname...

—No lo lamentes. Sé que los sabios suelen ser muy distraídos. ¿Recuerdas, Román? —los ojos negros de Pola se empañaron con una lágrima diminuta—. Casi las mismas palabras que hoy, te dije en este mismo sitio no hace un año todavía. Tú también te me habías ido, como hoy, cavilando. ¿Te acuerdas? A mí no se me olvidará nunca, porque fue el día en que...

Román la interrumpió oprimiéndola con ternura por los hombros.

—Sí, sí. Y todo fue por culpa de ese astro...

Y alzó la vista y, a los rayos del sol poniente, miró con expresión grave,

pero sin pesadumbre, el punto brillante que como una estrella móvil surcaba lentamente de oeste a este el cielo azul-negro del anochecer. Pola miró también el Astro Sintético, que ya no era odioso ni temible.

—Debemos estarles agradecidos a los hombres de ahí arriba, ¿no, Román? Sin ellos, sin su amenaza, la guerra aquí hubiera sido inevitable —dijo ella.

—Han servido sin pensarlo para despertar convicciones dormidas. También ellos han triunfado, porque verán realizadas sus más caras ilusiones.

—¿Se vendrán pronto, Román?

—Para dentro de un mes está prevista la primera expedición. Veinte hombres y quince mujeres, sin hijos.

—¿Y los niños ?

—Deseamos prever todo riesgo. Las grandes astronaves no son todavía fáciles de controlar. La segunda expedición la constituirán veinte familias, unas setenta personas en total. La evacuación completa se llevará probablemente de uno a dos años.

—¿Se trasladarán a la Tierra todos, entonces ?

—No. Hay una facción disconforme con la mayoría, como sucede siempre. Unos apoyados en motivos razonables y otros simplemente en su propia voluntad; pero se trata de gente pacífica y comprensiva. Esos quedarán siempre viviendo allí, junto con equipos de científicos y militares de aquí que se trasladarán al astro por períodos fijos de tiempo variable.

—Pero así, un día, en un futuro, esos habitantes del Astro Sintético podrán sentir apetencias de hegemonía o conquista, y la Gran Amenaza nacería de nuevo.

Román Garcés sonrió sin alegría.

—Eso también se ha tenido en cuenta. Sin embargo las épocas y las generaciones cambian, se renuevan, y con ellas los hábitos y las ideas, y hay casos y cosas que nunca se pueden estudiar para su realización práctica porque escapan al intelecto humano. Aunque una propuesta del general Ruiz Galvao ha sido tenida en mucha consideración para ulteriores discusiones.

—¿Y es...?

—Lanzar al espacio varios astros sintéticos más, bajo mandato único en la Tierra, tripulados o habitados por personal de relevo como se hace ahora, por ejemplo, en los satélites artificiales, y antes en los faros establecidos en zonas marítimas apartadas. Así no habría el peligro de una escisión y, además, servirían estos astros como avanzadillas terrestres en prevención de visitantes amigos o enemigos de otros mundos del sistema solar o de sistemas ajenos al nuestro. Aparte de esta condición estratégica, los teóricos astros facilitarían al máximo todas las investigaciones astronómicas y meteorológicas y aun la exploración sistemática de las regiones vírgenes ocupadas por los océanos. Puede haber todavía, con las riquezas no explotadas de la Tierra, ocupación laboral y alimentos para veinte veces más de la población actual del globo. El profesor Yelius ha dicho que la Humanidad está ahora en plena juventud

primera y ha rechazado con razones espléndidas todas las profecías pesimistas que desde hace dos siglos han hecho publicistas, investigadores y poetas indocumentados.

Pola Patti se detuvo y miró a los ojos al profesor.

—Tú has tenido mucho que ver en todo esto, Román. Hace un año el mundo estaba desmoralizado y mustio, sin más horizonte que la destrucción y la muerte. Sólo tienes que ver que desde hace unos meses acá se han fundado más de un millón de nuevas importantes industrias y cerca de otro de actividades artísticas, literarias, científicas, religiosas y deportivas. La gente ahora gana y gasta más, vive mejor y más alegre, trabaja menos y con mayor voluntad y rendimiento y piensa y cree con más confianza. Es más feliz, en una palabra.

—Sí, cierto que hemos adelantado algo, mucha parte de ello por la enorme contribución que a nuestro saber han hecho los científicos del Astro Sintético; pero siempre queda...

—Siempre queda pensar en sí mismo también, Román.

La expresión de Pola Patti se hizo ahora tierna, suplicante.

—Exacto, Pola —adoptó Román un gesto indiferente y burlón—. Todavía no he podido hacer desaparecer de mi espalda el número FA/R. 9.377 que me tatuaron en Madagascar. He de ir a consultar a un especialista de la piel.

Pola Patti se detuvo y miró ceñuda al joven y melancólico profesor de Física. Este, cosa poco habitual en él, rompió a reír a carcajadas. El rostro de ella se cubrió de rubor.

—Sí, muchacha —cesó de reír el sabio—, tienes mucha razón. He de pensar en mí mismo y en ti misma, ¿verdad? Pues bien, nunca he dejado de hacerlo, ni en Madagascar ni en Arabia ni aquí —y la rodeó con sus largos brazos—. Lo que ocurre es que lo otro también tiene mucha importancia —acabó de decir, sintiendo en los labios y en la mejilla en cosquilleo leve de la negra cabellera de Pola.

Era ya noche cerrada, pero la iluminación callejera no menguaba en absoluto el grado de luz diurna. Los comercios, parques y salas de recreo estaban repletos de clientes. Y ya, nada era gratuito como un año atrás, pero el mundo estaba rico y alegre. La animación en el Observatorio, como en Marsella y en todas las ciudades y latitudes, era extraordinaria. La desaparición definitiva del inminente peligro de guerra o de invasión, la seguridad y la confianza en los destinos individuales y en los hombres dirigentes de cada pueblo y de cada actividad, el respeto y el aprecio mutuos, la esperanza ilimitada en una existencia agradable y trascendente, hizo del hombre un ser superior en la más digna y completa extensión de la palabra.

Román Garcés, como dijo Pola, había tenido mucho que ver en ello, en la feliz transformación colectiva. Pero Román Garcés pensaba sólo que había sido muy favorecido por su suerte, y que cualquier hombre, en sus circunstancias, hubiese hecho lo mismo que él: sufrir, luchar, resistir, afrontar

el bien y el mal a pecho descubierto y con la frente alta, agradecer a la Providencia su triunfo... y seguir laborando por el progreso de las ciencias y el bienestar de la Humanidad.

«El Astro Sintético será en adelante un baluarte más, en el espacio, de la civilización del tercer planeta del Sol. La Tierra habrá de imponer su rango de Patria de Hombres en el concierto maravilloso de mundos habitados del Universo.» —escribieron Yéremi Klovsi y Blasco de Aragón en el libro de oro del Observatorio, y lo fecharon y signaron—: *«Marsella, Observatorio, año 2006. Los Habitantes del Astro Sintético».*

FIN

Pocas veces ha sido llevada a una novela la emoción en este nuevo título del

PROFESOR HASLEY

¡LOS MUERTOS ATACAN!

es una alucinante narración de lo que podría ser la futura guerra.

Nada tan verosímil y, desdichadamente, tan posible, como lo que se narra en esta nueva novela del

PROFESOR HASLEY

¿Es realidad o fantasía? ¿Producto de la imaginación o genial anticipación de una poderosa mente?

¡LOS MUERTOS ATACAN!

Sobrecoge por sus terribles escenas, pero nos esperanza por la firme formación moral de sus protagonistas.

¡LOS MUERTOS ATACAN!

La novela que no olvidarán nunca nuestros lectores. Próximamente aparecerá en la insuperable

COLECCION

Luchadores del Espacio

[←1]

El autor supone que en 2005. época en que está situada esta acción, el valor de la moneda en los países supercivilizados habrá llegado a un perfecto reajuste, así como todo el sistema económico.